

Vendedores de Memoria (Parte I)

Benjamín López Sánchez

Caminaba en dirección al refugio de turno, una fábrica de cemento abandonada en las Cuestas del Garraf. Ocupaba las dos habitaciones donde habían estado las oficinas. Desde allí contemplaba el muelle donde años atrás zarpaban enormes barcos cementeros a diferentes partes del país. Su aspecto fantasmagórico inyectaba un soplo de calma oscura en el atardecer.

Impensable abandonar aquel refugio, el mejor que había tenido nunca. Desde una altura de nueve pisos, bajaba directamente al suelo en una carretilla de descenso lento que aún funcionaba al tener un mecanismo de poleas que no necesitaba la electricidad. Esos momentos eran únicos, el sol caía a plomo sobre el Mediterráneo pero una brisa fresca me acariciaba el rostro durante el descenso. Empezaba el día en torno a las diez de la mañana -Ni tarde, ni temprano. ¡Equilibrio!- Me decía a mí mismo. El día a día era tan imprevisible que el hecho de mantener constante el estado de ánimo era un éxito y me ofrecía posibilidades claras de sobrevivir en un entorno que se había vuelto peligroso en extremo.

La última crisis había transformado a la sociedad en una máquina egoísta y despiadada de buscarse la vida. Hacía falta estar alerta para no tener problemas o incluso encontrar la muerte. La policía cobraba sueldos de miseria y hacía tiempo que miraban para otra parte si la gente se tomaba la justicia por su mano. Consideraban justo que la sociedad se organizara para protegerse de sí misma, resolviendo los conflictos de la manera que consideraran más oportuna. Si querían resolverlo a tiros, pues a tiros, lo importante era que los problemas no se acumularan. El juicio en un garaje o la sentencia a muerte dictada por una comunidad de propietarios, eran lícitos en aquellos días. Cuando no se prohíbe matar, los asesinos aparecen como setas.

Me dedicaba al trapicheo de formación intra-córtex; es decir, por trescientos euros, cualquiera se podía enchufar un oficio en el neo-córtex y convertirse en carpintero o médico en una sesión de entre dos y siete horas. El problema residía en que no había trabajo para nadie que no

perteneciera a alguna de las doce familias que se repartían el poder en el país. Tenías que estar afiliado a alguno de los doce partidos políticos. A través de ellos se gobernaba con una administración opaca, fría y despótica.

Me había quedado en el Noreste, decía que quería ser el primero en ver el Sol. Ona decía que realmente me había quedado allí porque contaba con un proveedor de formación barato y que además no hablaba nunca, solo pronunciaba el precio, hola y adiós. Se había quedado fundido en una sesión hacía años y vagaba por un mundo binario.

Ona, mi pareja, por supuesto también vendía formación. Tener algo sólido en común, era importante en un mundo que se había vuelto líquido. Nada tenía una forma definida, en semanas podías contemplar la reconversión de una ciudad repleta de actividad en un pueblo fantasma. Invertían y retiraban los fondos de la noche a la mañana. Nunca sabías el tiempo que iba a durar el supermercado, la gasolinera o el colegio. Todo se movía de manera imprevisible. Al igual que las llanuras africanas, que son vergeles o desiertos dependiendo de las lluvias, los servicios sanitarios, los bares, los restaurantes, todo, dependía de ese fluir azaroso e insondable de Las Doce Familias.

Nadie conocía los motivos, ni en qué momento una ciudad o un pueblo iban a surgir de la nada o a ser engullidos por el silencio y el polvo. Estas zonas abandonadas se convertían en la forma de vida de miles de carroñeros; como yo, que lentamente íbamos consumiendo hasta el último cable de la ciudad, convertida por arte de magia, en cadáver abandonado a su suerte.

La formación que vendía estaba relacionada con estas ciudades cadáver. Los cursos consistían en un paquete de habilidades para descuartizar y devorar hasta los huesos el cadáver de acero: fibra óptica, superconductores y hormigón. El proceso de aprendizaje era muy simple, el curso se presentaba como un juego, cuando conseguías llegar al final, habías ganado, tu cerebro había adquirido el aprendizaje para siempre. Además los cursos estaban trucados y era muy fácil llegar hasta el final, lógicamente la calidad del aprendizaje era, más bien, mediocre, pero como

el cliente nunca llegaba a tener claro si se debía a su torpeza o al trucaje del curso, pues todos tranquilos. Algún exaltado te exigía la devolución del dinero, pero en una sociedad líquida, en la que todo cambiaba de la noche a la mañana, no era muy frecuente volverse a encontrar con un cliente.

Llevaba seis meses en la fábrica abandonada, demasiado tiempo sin tener que compartir refugio. Una mañana, mientras bajaba por la rampa, vi a una pareja en los antiguos almacenes de cemento, estaban preparándose el desayuno. Me acerque a ellos y me invitaron a café y tostadas calientes. Eso era lo bueno de las familias, aún en esos tiempos en los que mantener unos niveles mínimos de calidad de vida resultaba realmente difícil, aquellos que formaban una familia, daban la sensación de estar rodeados por un aura de seguridad y confort superior al de aquellos que seguían adaptados al individualismo.

Nosotros manteníamos una relación estable, pero vivíamos en refugios diferentes. Nuestra justificación era simple, si falla el refugio de uno esta el del otro, pero el tema de fondo era el miedo a compartir la rutina diaria, cambiante e imprevisible. La adaptación a los cambios era más fácil para una persona, que si había que mover a tres o cuatro, no había que negociar a dónde ir, ni cómo hacerlo. Si estabas solo, simplemente pensabas y ejecutabas, saltándote la compleja fase del consenso y la búsqueda del bienestar común. Pero, todo tiene su cara negativa, los que se movían solos no contaban con el apoyo de la familia cuando, en un día, perdían lo que habían tardado meses en conseguir, o, cuando la depresión y el desánimo se adueñaba de sus corazones. Los que estaban solos tenían que lamerse las heridas a sí mismos. Hay un dicho popular que dice, buey suelto bien se lame, pero la verdad es que si también te lamen, mucho mejor.

Hablábamos a menudo sobre tener un hijo y dar el salto a ser tres, hacerlo todo en común, aunar fuerzas y experiencia, pero siempre lo dejábamos para más adelante, cuando el día a día fuera más agradable y menos duro. Siempre encontrábamos una disculpa para retrasar el proyecto. Y no nos faltaba razón, ya que más adelante, algunos de los mayores retos que nos planteó la supervivencia vinieron de la mano de no ser tres, en lugar de dos

individuos que, de vez en cuando, éramos Uno haciendo el amor o pasando temporadas compartiendo refugio.

Daban las cinco en el reloj antiguo del Ayuntamiento de Sitges, ahora convertido en bolsa municipal, los mercados no se movían a nivel global, sino local. Lo que pasara en los mercados de Girona o Tarragona, situadas a escasos cien kilómetros, no influía en nada en los precios de la zona. De esta manera los precios dependían de pequeños grupos de poder y de los cambiantes y opacos intereses de las familias hegemónicas de la zona. Si tu producto tocaba el mismo segmento de mercado que uno de ellos, estabas muerto, estarías condenado a vender a un precio muy superior al suyo, con lo que el monopolio para la explotación de las mercancías más rentables estaba garantizado. Por eso, todos los no pertenecientes a los clanes del poder, estábamos condenados a trapichear con los servicios y mercancías que ellos despreciaban por su baja rentabilidad.

Sitges me hacía sentir bien. Caminaba hacia una taberna del puerto, donde había quedado para hacer una operación bastante grande para lo que solía ser mi nivel de ventas. Una pareja del norte de Francia quería comprarme treinta unidades del A5, un programa que en seis o siete horas de juego, te permitía reciclar piezas de centrales nucleares abandonadas y desactivadas. En estas instalaciones, aún desmanteladas, quedaban muchas posibilidades de obtener energía de los residuos enterrados junto a ellas y de las instalaciones que no se podían desmontar y trasladar.

A las cinco y media llegaron los franceses. Gente extravagante, eran de esos que viven en su pequeño velero y van alquilando amarres a lo largo de los puertos deportivos del Mediterráneo. Nada más comenzar el encuentro todo se torció, ya no les interesaba el material que me habían encargado; el A5 era historia; ahora querían algo que según su líder, Newton, te arrancaba de la realidad, un material del que habían oído hablar pero del que no sabían nada; y no podían desaprovechar esa oportunidad. Los franceses habían detectado que había un nicho de mercado cuya característica fundamental era que necesitaban salir de la realidad. Ya habían pasado cinco años desde que el último partido que ganó las

elecciones no había conseguido formar gobierno, directamente no les interesaba hacerlo, y la vuelta al Feudalismo se había consolidado. Ahora resurgía una tribu que reclamaba conocimiento en sí mismo, sin la necesidad de que este fuera susceptible de ser transformado en ingresos económicos. Este nicho de mercado estaba saturado de habilidades industriales, querían volver a la filosofía, querían volver a la parte espiritual del individuo, no a su dimensión religiosa, sino a su dimensión egipcia o griega; es decir, volver a los principios del Renacimiento para superar el Materialismo de los últimos cuatro siglos.

No tenía ni la menor idea de dónde podría encontrar ese material. Mi proveedor sólo tenía métodos neo-córtex de habilidades funcionales, formación profesional, ingenierías...

- Nos han hablado de ti -. Comenzó el líder de los franceses. - Te hemos conectado porque tienes fama de moverte bien y estar al tanto de los últimos modelos en implantes córtex ¿Controlas *El Filósofo*, no? - Ponía cara de póquer al comprobar que mi fama era superior a mis capacidades - Aquí, en Barna, llevamos tiempo moviendo estos implantes. - Entró Ona en la conversación - Después de tanto dolor, la gente solicita anestesia, incluso prescinden de preguntar por los efectos secundarios, necesitan dejar de sentir dolor de inmediato. Representan al cliente ideal, aquel que siente una enorme necesidad de adquirir aquello que vendes, en este caso... -

Los franceses se miraron entre sí y, tras unos segundos de suspense interminable, por fin hablaron. - Eso es exactamente lo que queremos, conocimiento estéril para sobrevivir, conocimiento-anestesia para eliminar el dolor de buscarse la vida realizando trabajos que te chupan la alegría, día tras día, hasta que acabas siendo el ejecutor de una acción a la que eres ajeno, convirtiéndote en un profesional del tránsito. El implante de formación que buscamos, *El Filósofo*, debe hacer olvidar que necesitas sufrir para conseguir techo y comida, ha vuelto la necesidad de imaginar y soñar. - El líder de los franceses se levantó y ofreció su copa para un brindis. Yo, en mi lugar, me levanté con gesto frío y pregunté mirando al infinito, -

¿Cuántos y cuándo? - A Ona se le movieron las tripas, sabía que no tenían nada. Se encontrarían en el puerto del Garraf en un mes.

- Hacía tiempo que no me apetecía trabajar. - Le comenté a Ona. - Es genial, me apetece encontrar ese producto, y no sólo por el dinero, sino porque lo quiero para mí. Hace tiempo que necesito unas vacaciones absolutas, olvido total, no una mascarada, no maquillar con pequeños momentos el gran problema de fondo, sino ir más allá, recuperar el estado de ánimo correcto a través de olvidar por completo el sentimiento de necesidad y el miedo que incorpora a la carencia, el miedo hostigante a no ser capaz de conseguir todo aquello que necesitas para vivir. Ese producto lo quiero para mí. -

La osadía de Ona me había dado un balón de oxígeno, era consciente de deberle una. Aprovechamos la tarde viendo una vieja película y bebiendo un buen vino, nos sentíamos en la vanguardia, estábamos haciendo historia, íbamos a mover un implante que realmente tendría consecuencias sociales. Si colaboras, de alguna manera, con una forma de eliminar porcentajes de miedo en determinados colectivos, estás contribuyendo, decisivamente, a la transformación de la escala de valores de la sociedad. Si ayudas a transformar la capacidad de conseguir, en capacidad de sentir, el avance es brutal. Cuántas esclavitudes invisibles, a simple vista, se caerían ante los ojos incrédulos de sus portadores.

El muelle de la fábrica de cemento se ablandaba bajo un sol rojizo que desaparecía tranquilo tras la silueta macabra de la vieja cantera. El araño profundo en la montaña, partía en dos la pequeña cordillera que se levantaba entre la fábrica de cemento y la mar. En las habitaciones que me servían de refugio, el atardecer ejercía de decorador, convirtiendo las cuatro paredes y los trastos que había ido acumulando, en un entorno de ensueño.

Entré en el salón de la casa de un cliente, él me esperaba en la habitación que se habría a la derecha, se enchufó el programa de recuperación de sistemas de seguridad, me pagó y cuando pasaba por la cocina, dirección a la salida, vi a un viejo gritando insultos sentado sobre una silla de ruedas y

encarado a una radio que hablaba de la apertura de un nuevo supermercado en la zona. El cliente me indicó que no hiciera caso, nos despedimos y salí a la calle con la imagen del viejo gritando en la cabeza... ¿Cuándo comenzaré a perder la cabeza?

- ¿Te ha llegado alguna info sobre *El Filósofo*? - Me preguntó Ona. - Rama me ha dicho que hay un tipo en Girona que los trae de Cadaqués. - - ¿Y a qué esperas para localizarlo? - - Pues a que me pasen su teléfono ¿No estás un poco acelerada? - - Como no voy a estar acelerada, ganaríamos treinta mil limpios, llevo sin ganar eso tres o cuatro años. Tu actitud es lo que no entiendo. Pues es muy fácil, el dinero hoy en día no es tan importante como antes, no te puedes comprar un coche, ni una casa, ni ropa cada cuatro meses... Pero puedes comprar calidad de vida, puedes alquilar juegos y vivir otra realidad la mitad del día, puedes comer calamares frescos en la playa con un buen vino... ¿Cuánto tiempo llevamos sin hacerlo? - - Vamos, pero si estábamos hartos de los calamares, no tengas memoria selectiva ¿Cuántas cosas echas de menos de la época en la que la pasta significaba algo? - - Pocas, pero las que te he dicho, juegos y calamares frescos... Si, las echo de menos. Bueno, pero son cosas muy secundarias. No te creas, ese par de horas tomando el sol, con la música de fondo, el olor a pescado fresco a la plancha... - - El lunes llamo a Rama para que me pase el teléfono, pero, de dónde vamos a sacar los nueve mil pavos que cuestan las siete conexiones placenta, este juego no se puede clonar, es nuevo, no ha dado tiempo a replicarlas, son muy caras... ¿Tienes tú, tu parte? - - No, pero no tengas tanta prisa, primero tienes que conseguir cuatro mil quinientos. - - Sabes que los puedo ganar en menos de un mes. - - Sí, pero me metes una presión como si pudieras hacerlo en una semana. - - ¡No me jodas! desde que llames al tipo por primera vez, hasta que tengamos los nueve *Filósofos* listos para vendérselos al francés, pasarán más de tres meses. - - ¿Y sí alguien se adelanta y se lo vende antes que nosotros? - - No, el tío, no me digas porque, confía en nosotros. - - Porque somos buenos ¡joder! -

Nos encontramos con el contacto de Cadaqués, tenía pinta de bibliotecario antiguo, venía acompañado de su mujer y su hermana. Ellas parecían dos creativas de una agencia de publicidad que habían bajado a la calle a

tomarse un café. Querían siete mil, empezaba bien, dos mil menos de lo previsto, pero había lista de espera, una semana. Era demasiado tiempo, el francés encontraría otro proveedor. Les ofrecimos mil más si nos lo servían en tres días, al final lo conseguimos fijar en cuatro días. Sacaríamos dos mil por cada uno de los nueve *Filósofos* que comprarían los franceses. No estaba mal. Podríamos intercambiar billetes por comida fresca y calzado nuevo, dos de los productos cuyo valor se había disparado en los últimos años. Cuanto más necesario era un producto más difícil era conseguirlo, no había piedad.

- ¿Probamos uno? - Me preguntó Ona. - Por supuesto - Nos dirigimos a la cementera, la vista del tranquilo Mediterráneo combinaba bien con *El Filósofo*. Tiramos una moneda al aire y le tocó a ella ser la primera en instalarse el juego. Eran dos horas de viaje, así que me puse cómodo.

No podía encontrarse dentro de los diálogos del banquete de Platón, ni correr desnudos por la plaza donde Sócrates vendía a precio de saldo a Anaxágoras. No podía ser una lucha entre socráticos y presocráticos, tenía que ser la batalla definitiva. ¿El agua es funcional cuando se congela? Ona comenzó a sudar, le sobraba la ropa pero prefería seguir vestida. Una palmera le rozó la mejilla, el hocico de un dromedario, un yembé senegalés sonando al ritmo de las olas de una playa del Atlántico. Algo le ha picado en el hombro, hay mosquitos. Una cabra se come los últimos brotes de hierba, ventanas de mármol en una urbanización con riego domótico y...

Está entrando en una fiesta, en el centro hay una mesa de póquer, se sienta en una silla vacía y le reparten cartas. No va. Se levanta y va a los servicios. Se masturba, se pinta los labios y juega unas manos de Black Yack...

No entiendo, algo está fallando. Mueve demasiado los párpados.

Una anciana vestida con un traje de chaqueta rosa dirige el tráfico en el centro de Bombay... Está en un ferry repleto de gene en dirección a las Cuevas de Ganésa. El ferry se hunde y todos nadan hacia la bahía entre gaviotas y frutas podridas.

No va bien. Paro el juego, la miro. - Es una mierda, no hay nada, sólo secuencias inconexas de una borrachera deprimente. ¿Para qué nos van a dar uno de muestra si son una mierda? - Yo tampoco lo entiendo. Déjame probarlo, no habías quitado el filtro, toma, enchúfate de nuevo. - Ahora sí, todo funcionaba, la veía relajada, disfrutando. Echaba de menos los viejos tiempos, cuando todo era mucho más fácil y por la noche, en la tranquilidad de tu casa, descansabas de verdad y desconectabas del mundo. Ahora no podáis relajarte nunca, todo estaba abierto, cualquiera podía entrar en tu habitación en cualquier momento. Cualquiera te podía robar o joderte a palos. También podías asociarte con cualquiera, todos teníamos muy poco que perder. Cuando saliera del juego ella habría cambiado para siempre.

Con que frivolidad cambiamos de personalidad cuando la tenemos machacada por un montón de obligaciones. Yo me enchufaría después que ella, primero las mujeres y los niños, eso recordaba de los cuentos de piratas, eran delincuentes con un código de honor intachable, que lejos de la realidad, ahora te roban y te matan por un refugio seguro. La vida nunca le ha importado demasiado al ser humano, al margen de la familia y la suya claro. Bueno, en ausencia de ley, la naturaleza del mamífero dominante se muestra en todo su esplendor. Cuando termine la instalación del sistema ¿será otra vez despreocupada? La vida en la calle te vuelve paranoico, siempre alerta ante la amenaza. Sin ley, tu eres tu abogado defensor, tu fiscal, tu juez y tu sentencia, demasiadas responsabilidades para una sola persona y, aún así, lo hacemos a diario, tenemos que decidir sobre todo, incluso hay días que echo de menos hasta los semáforos, ahora cuando llegas a un cruce te pueden dar por todos lados, el estrés post civilización, supongo.

Terminó el juego, se desconectó y me sonrió. Estaba más tranquila, pero no había cambiado. - Antes de hablar, enchúfate y cuando termines nos tomamos una cerveza y charlamos. - Me dijo con una mirada matizada, parecía más sofisticada, más elegante. Yo no perdí el tiempo, me enchufé de inmediato.

La simulación instalada en nuestras mentes reproducía una realidad filtrada por la falta de necesidad inmediata, el negocio de *Los Filósofos* con los franceses nos parecía algo secundario. - Esto es como estar viendo desde segunda fila El Paraíso, no lo puedes tocar pero lo tienes tan cerca que puedes sentirlo. - Me dice Ona. - Con esto podemos acumular mucho poder - le digo. - No seas tan insensible ahora, por Dios. - - No lo soy, poder es seguridad para disfrutar a medio y largo plazo. - - ¡Joder! ¿Nos hemos instalado el mismo juego? - - Sí, tú como cigarra y yo como hormiga. - - ¿No te parece necesario frivolar un momento como este? - - Me parece necesario mantener en el tiempo un momento como este, de lo contrario, si de un par de horas se tratara, el mono sería demasiado fuerte, la petición de *Filósofos* se convertiría en una avalancha. Es mejor matizar la dependencia de no sentir necesidad de nada, la epidemia de éxito es pan para hoy y hambre para mañana. Estoy intentando vivir *El Filósofo* como un cliente, de esa manera podremos vender durante un año la ilusión de la plenitud, de lo contrario, si nos involucramos demasiado, acabaríamos regalando *Los Filósofos* en honor a la causa y, cuando se nos pasara la resaca, tendríamos un gran mono y una gran derrota sobre la espalda. Vendrían al refugio gente de toda la comarca a pedirnos lo que ya no teníamos, porque la gente de Girona tiene que producirlos y no puede hacer frente a una avalancha de enganchados. Tenemos que dosificar, para que no vengan todos a la vez, sino poco a poco, tranquilamente, control de las dosis. - - Te veo con la estrategia a flor de piel. Corta ese tsunami de gestión empresarial mega ortodoxa. Tenemos tiempo para disfrutar del éxito y no morir en el intento, se nota que te educaron en un internado católico ¿Hermanos Maristas, no? - - Sí ¿qué pasa? Me enseñaron a comprender que si quemas la capilla te expulsan del grupo, de la familia y de la sociedad, con trece años me resultó de lo más interesante. No entiendo la evolución como una tortura bipolar entre el premio y la recompensa, eso ya sabes que es un campo exclusivo para las generaciones que pudieron tener mascotas. Lo que daría por poder tener un perro y premiarlo o castigarlo dependiendo de lo bien que hubiera reproducido el aprendizaje de turno, sentarse a una orden, levantarse o traerme el periódico a la cama. Sabes que hay humanos que darían su brazo derecho por poder seguir órdenes claras y concisas como una mascota. Sí, por eso

El Filósofo tiene que salir al mercado a cuenta gotas, de lo contrario, cientos de aburridos crónicos por desposeer lo que más anhelan, se harían adictos y nos joderían la vida, la tranquilidad, el éxito. –

La presidenta de una de las dos familias que gobernaban el feudo de Sitges, tenía dos hijos hartos de su vida, con veintidós y treinta años ya habían vivido todo lo que su provinciana opulencia podía ofrecerles, ese perfil era el ideal como cliente de *El Filósofo*. Yo lo tenía claro, ella dudaba de lo beneficioso de introducir *El Filósofo* como una droga más. No era una droga, era una visión, una actitud ante la vida, o mejor, de la postvida. La vida era trabajar por objetivos, la postvida era ser agua, inundar zonas de influencia.

Desde la cementera se veían a lo lejos los chorros de luz que expulsaban las factorías de Cubelles, lenguas de fuego que se ablandaban al flotar sobre las mansas olas del Mediterráneo.

Con la venta de *Los Filósofos* volveríamos a tener acceso a la red eólica y recorreríamos la zona a lomos del viejo Ford. Para enchufarte a los molinos de viento tenías que tener código de enlace y hacía meses que nosotros lo habíamos perdido por falta de uso, era necesario consumir tres mil cargas al mes para mantener la licencia del enlace activa, y tres mil eran demasiadas cargas para nosotros. La última vez que habíamos recorrido la costa vimos como la mítica Atlántida, una de las discotecas más famosas del siglo XXVIII se había convertido en una fábrica de implantes “termo”, eran implantes que te aislaban del ruido exterior, se fabricaban para los empleados que regulaban el flujo de entrada y salida de las ciudades estado, su nivel de estrés era tal que, para desconectar, tenían que enchufarse un “termo” y así poder dormir, tenían mucho poder pero el precio que pagaban era demasiado alto, estaban realmente colgados. Su especialidad era regular todo lo que entraba y salía de la ciudad, pero no podían regular su descanso. Ona y yo pensábamos que esa forma de vida era un engaño, pero cuando les veíamos trabajando en aquellas torres transparentes, rodeados de luces verdes y azules, notábamos su poder...

Nada estaba completamente claro. En un mundo en que todo se movía por la energía sacada del viento, no era de extrañar que todo fuera volátil e inestable. Vivir era como navegar en velero, todo dependía de si soplaba o no el viento. El problema con el dinero, y el motivo por el que este fuera menos importante que el poder, radicaba en que no sólo hacía falta tener dinero, sino que, y sobre todo, que te permitieran gastarlo en las redes de intercambio legalizadas, si no estabas activado en ellas el dinero sólo te servía para prender una hoguera en la playa bajo la luna, que no estaba mal, pero mejor era poderlo cambiar por cargas de energía, calzado, comida, lectura, lectura... ¡qué recuerdos! Los libros en papel sólo se podían disfrutar en los ACP (acumuladores de historia públicos), y para eso debías de estar dado de alta como lector del feudo, imposible para nosotros y para la mayoría, pero si te activaban la entrada como consumidor legal, podías cambiar dinero por enlaces a la información local y a los creadores financiados por el feudo, la conexión internacional estaba restringida al núcleo duro de las "familias", pero había implantes trucados para acceder a redes internacionales, nosotros los habíamos vendido, pero nadie sabía como llegaban al mercado y nadie sabía porque, de pronto, dejaban de llegar, aunque las baterías de litio cero duraban mucho tiempo, como todo, se terminaban y todos volvían a un oscuro y repetitivo mundo tribal.

Acordamos el encuentro con los franceses. Les vendimos *Los Filósofo* sin problemas, esperaríamos su respuesta para ver si tenían delante un buen negocio u otra decepción. No podíamos esperar que la gente tuviera la misma sensación al implantarse un juego y menos este, en el que las herramientas que se implantaban en el jugador no servían para desarrollar una actividad concreta, sino para modificar sus sensaciones al percibir el entorno, una especie de mutación emocional.

- No te has dado cuenta, tienes la bota pegada al fuego, ese es el típico comportamiento de perdedor, un pequeño detalle desencadena una ola de pequeñas cosas que se convierte en un tsunami de ineficacia, *El Filósofo* te enlaza con ese mundo que desconoces y que necesitas... los ITR, los Enlace Territorio, o los "tierra", como los llamáis vosotros, los modernos, no sólo te simplifican al definirte respecto a dónde naciste: casa, calle, comarca... sino

que, cuando te enchufas *El Filósofo*, se vuelven flácidos, la interacción que hacemos con la realidad que nos rodea cuando nacemos es una necesidad...-

- ¡Espera, espera! no necesitamos una descripción de lo que nuestras mentes pueden hacer con la realidad, necesitamos la realidad, herramientas para negociar y herramientas para resolver nuestros problemas diarios... - - ¿Sí? - - Sí... el otro día junto a la frontera de Sitges, un grupo que observábamos la evolución de la Bolsa de San Pere de Ribes, experimentamos lo que tú llamarías un raptó involutivo de pragmatismo, vimos como en dos segundos el precio de intercambio del calzado se triplicaba, en treinta segundos... - - ¡Qué aburrido! ¿Has hablado con Cadaqués? - - No. - - Y... ¿piensas hacerlo en breve? - - Sí... insisto, esto es una forma de vida, no una droga... - - Pero ¿quién dice lo contrario? Sí te conviertes en vanguardia, en postmoderno, no haces otra cosa que asumir el rol más superficial de lo primitivo, el que controla el fuego, el que tiene la roca más cortante, la lanza más ligera y penetrante. Libérate del presentismo, el vivir el momento no puede atraparte en una cárcel sin tiempo. -

- Tienes media hora para ponerte algo decente, vienen los de Cadaqués ha ofrecernos una cantidad constante de *Filósofos*. - - ¿Constante? - - Sí, constante, duradero en el tiempo... Vale. - La cementera estaba ocupada por el silencio, el gris del material que durante años había dado sentido a esa gran acumulación de tubos y rampas inundaba con su aliento polvoriento todas las salas desiertas, la luz atravesaba sin color todos aquellos rincones olvidados, el sudor y el deseo de alcanzar un sueldo a fin de mes se acumulaba por todos los rincones, cincuenta años atrás todo aquello se movía al ritmo de una clara jerarquía de poder, de placer.

Los chicos de Cadaqués tenían una pinta fantástica, la líder parecía la hija subnormal de Dalí, era muy guapa y llevaba una camisa con diferentes degradados de azul y verde, un pantalón pirata amarillo y unas sandalias rosas, una mezcla de tejidos y colores impresionante, durante cinco minutos, al contemplarla, ella podía observarte a su antojo, ya que tú

estabas perdido en esa escala cromática surrealista, pero su voz era de deficiente mental, hablaba como si alguien le hubiera arañado el cerebro con un trozo de vidrio verde con arena, proveniente de una botella con la que le habían roto la cabeza a alguien. Su amiga, parecía su novia, llevaba una minifalda de cuero rosa, unas medias verdes, que le llegaban por encima de las rodillas, un sujetador negro bajo una camisa de lino blanca transparente y un sin fin de collares de pedazos de coral rojos sangre. El tipo que cerraba el trío iba vestido de blanco riguroso, unos zapatos de punta Burdeos con cordones azules, como sus ojos que se perdían en una zona inaprensible tras la nuca de Ona. Ella misma le preguntó a Alex - ¿Queréis tomar algo? - - ¿Lo que quiera? - - Sí, cualquier cosa que no esté entre mis piernas, ni tenga dentro del sujetador... - - Es buena, me comentó riendo. - Sí, ya te lo dije, ella lleva la parte numérica del negocio.- Laia, la hija subnormal de Dali, le puso la mano sobre la boca a Alex y, de pronto, se volvió inteligente, con un cambio radical de voz, de acento y de vocalización, me indicó que le sirviera un gintonic. Pilar, subiéndose una de las medias verdes dijo que ella quería un café solo. Alex, con cara de aristócrata al que acaban de dar una bofetada dijo que quería un martín rojo. Tener todo lo que ellos pedían, significaba que eras un personaje que te sabías mover bien, muy bien, en el mercado. Los ingredientes de su refrigerio eran algo muy complicado de tener en un refugio "mediam", vendedores de implantes. Ona y yo nos habíamos preparado para el encuentro y habíamos consumido hasta la última de nuestras tarjetas enlace para conseguir toda esa mierda, sabíamos de sobras lo que los traficantes al por mayor consideraban estar en el mercado, si no tenías acceso a mercancía media, nunca ibas a ser capaz de mover implantes de lujo, extraños, para pequeños nichos de mercado muy ocultos y caprichosos.

Yo serví el refrigerio y Ona colocó un cartucho de *El Filósofo* encima de la mesa. - Esto está muy bien, pero queremos la última versión, la que nos habéis pasado para probarla lleva ejecutada seis meses. - Los tres pingüinos arrogantes y flotando sobre la sala de la cementera la miraron, se miraron y dijeron al unísono, - ¡es buena! - Laia se levantó y ya inmersa en su personalidad funcional y pragmática, se acercó a Ona hasta el punto de

casi tocar con sus labios los de ella, se dio la vuelta y señalando con el dedo el maletín que llevaba Alex unido a su muñeca con una cuerda de cuero rosa, ordenó que lo abriera. Pilar se levantó, se acercó a Alex, abrió el broche que le unía con el maletín y lo depositó sobre la mesa. Como esperábamos, una membrana sanguinolenta cubría *El Filósofo*... - ¿Tenéis una UM? ¿Unidades de maduración? - Dijo el, - Sí - dijo Ona. Se levantó, me indicó que les sirviera una nueva ronda y se perdió entre las salas polvorientas de la cementera. A los cinco minutos llegó con un huevo UM y se lo entregó a Laia, ésta colocó *El Filósofo* dentro y sonriendo se sentó sobre las rodillas de Alex. Pilar miró su reloj y dirigiéndose a mí me ordenó que tuviera un cartucho de hielo seco preparado dentro de quince minutos, eso sí lo tenía controlado, me acerqué junto a la cinta de descenso exterior, desde donde antaño se cargaban los barcos, y traje un cartucho de hielo seco precintado, pasados los quince minutos, Alex abrió la UM y puso el cartucho de hielo seco sobre *El Filósofo* recién parido, esperamos en silencio cinco minutos y, cuando se disipó el humo, apareció *El Filósofo* reluciente, era una cápsula de juego perfecta, un implante que daban ganas de enchufarse sólo con verlo. - ¿Alguien quiere? - Preguntó Pilar - ¿cuánto dura? - Preguntó Ona. - Dieciocho minutos - le contestó Alex. - ¿Quién lo prueba? - Preguntó Laia. - Pau - dijo Ona. Vale, volví a recorrer las salas grises de la cementera y traje un puerto, me senté en la esquina desde la que veía el muelle de carga y los amarres abandonados y me enchufé. Laia y Pilar comenzaron a darse piquitos y Alex y Ona miraron hacia otro lado con gesto altivo.

“Una cadena de pétalos de magnolia pendía frente a sus ojos, la agarré y comencé a trepar sin esfuerzo. Frente a mí se abrió un espacio infinito, tras unos segundos negociaba con un cliente frente al mar, tras su espalda se elevaba una cadena montañosa con las cumbres nevadas. Me levanté, me tumbé en el suelo boca arriba y comencé a hablar sin pausa, en una longitud de onda que apresaba, literalmente todos estaban obligados a escuchar, no podían hacer otra cosa, sólo podían escuchar, escuchar, escuchar, escuchar... - Sudarios abriendo en flor frente a la baba de una manada famélica, un concierto de vómitos a ritmo de desahucio. Estafa condicionada en su centro para realistas partidos por la gloria. Una estúpida

carrera de ventas grasientas y bocadillo para ingresar cien mil años luz. El más estúpido es ahora el que inventó el engaño. Se hunde en su estrategia, cada vez más clara su tumba. Sin rencor ni interpretación de nominados al último trago de cicuta en la plaza pública, donde mean los niños del futuro acostumbrados para siempre a no hacer nada. Una edulcorada manifestación de bostezos ante la fiesta y la mejor sonrisa para degustar el pastel de estiércol, no sin antes haber bebido del arroyuelo. Una manada, de nuevo, pide una revisión de la horca, la prefieren con dorados en los extremos superiores, para que se vea a lo lejos el nombre del ejecutado y puedan llorar, en masa, su pérdida. Estéril en su centro y en su periferia el rebaño pide pan duro para pasar el domingo mendigando playas y huesos de sol. Con la sonrisa más tonta del firmamento, pagando el impuesto de todas las babas juntas para no suicidarse, ni acampar en plaza pública pidiendo más abono para que crezcan los entusiasmos del deporte griego en quiebra y olimpiadas de necios valorando positivamente las entradas con corbata a los congresos de la deuda y el robo de ladillas para vender familias en el senado y ayudar a que no mueran más niños en los continentes que no se endeudan porque no conocen el valor de la sangre ajena. Un momento de gloria y no tenemos más que pedir a las ovejas con cuernos que nos ilustran sobre el camino en los días de fiesta, que han de ser pocos para que no olvidemos de que el trabajo nos acerca a los líderes religiosos que devoran niños partiendo del culo y llegando al cerebro de sus padres para que en el futuro no les falte el trabajo junto al matarife de credos y metáforas perfectas. Se arremolinan como si fueran a ver el fin del mundo, de su mundo de peces sin agua, una familia por un litro de oxígeno, derechos al infinito, derechos a reclamar derechos, egoístas como los egoístas a los que odian, ¿quién de ellos aceptaría a un enemigo comiendo junto a ellos en la cloaca? Una eternidad esperando los labios que todo lo sueldan, la ilusión de la carne y el bolsillo plateado que hace que lo niños nazcan sin parar y se compren el mundo en media hora, todo es barato para los analfabetos del ajo molido y la urbanización en las periferias junto a los lagos artificiales más seguros de cualquier asentamiento humano. Esas caras perfectas hediendo a estupidez en estado puro, esa artificiosidad que venden en cualquier universidad a precio de saldo. Un subnormal y un examen para fregar escaleras analizando la probabilidad de que la goma

que te acerca y separa del centro del mundo sea la misma goma que desnude a esa portada internacional que te anima y te asquea, que te define y te aleja de poder comer sin dolor en los dientes privados, un manjar de las ausencias que buscas con los indignados que piden que al menos no les meen en la boca, que lo hagan en la espalda con la que ya nacieron húmeda, mojada de mierda de vaca y baba de perro urbano, a los mismos que le quitan la mierda en bolsa de plástico y patíbulo de la sonrisa familiar que te inunda de paz ante el subsidio de fin de mes, para que en la mesa no falte el pan de las arcadas, ni la falda coherente con lo que podemos esperar de los adelantos para pagar las cuotas, las alabanzas al dios del dinero que blasfema en tu cama mientras abres los ojos como una foca recién golpeada en la nuca. Una estúpida cabalgada hacia el mar donde las momias se visten de verde para que puedas disfrutar del traje que mejor te sienta, de la boda vomitiva donde los anfitriones se devoran a sí mismos. Probando amnesias para ver quién va a poder llegar sano al fin de los tiempos, una ilusión que cada vez toma mayor sentido al ser conscientes de que el fin de los tiempos es cada día que amanece y no hay nada que recordar. Sin sentido, inútil como una partida de cucarachas para ver quien va representando al barrio al concurso de belleza. Sin conclusiones, ni gobiernos, ni fiestas para los que mejor memorizaron los textos esculpidos por los que nunca debieron tocar la ley. Los que nunca tendrían que haber organizado las fiestas de propaganda para seguir creyendo en el régimen donde todos teníamos que estar presentes cuando sonara la trompeta que otorga la dignidad, el sello, la patria y la memoria. Cediendo la soberanía por un mejor lugar frente al fuego, no hay nada que pedir, no hay nada que disfrutar, se ha cedido el sistema central por una periferia de sobresaltos dirigidos como una orquesta sería dirigida por una manada de bestias que madrugan, comen, cagan y callan hasta que las degüellan en cualquier matadero. Un ridículo y apestoso sobrevenir de círculos cabalgando en la necesidad de guardar relojes en el armario donde escondes tu mejor disfraz, para que cuando llegue la hora de despertar no llegues tarde para ser juzgado por el dios de los papas y todos los demás antropófagos que se sientan en el trono de cualquier interpretación de los textos sagrados, alimañas purulentas y despiadadas que venden el cuerpo de Dios por culos de niños y mamadas de niñas y oro y arte ensangrentado. Los auténticos

herederos de la peor definición que puedas encontrar del mal. Esa carcajada que Dios se echa cuando el mal rebuzna, pero no, ellos lo hacen poderoso, asustan a los viejos y a su carne, a los jóvenes y a su idiotez de cataratas que ascienden hacia el cielo de una tierra pequeñita, tan pequeñita como la conciencia de quienes la analizan, después de dos mil años hemos conseguido alejarnos la misma distancia que un escupitajo de la boca de un tuberculoso, sanguinolento y nuclear, pan mohoso y viajes al espacio mientras mueren los matarifes de las estrellas y niños que no tienen ojos para mirar hacia arriba, periferia de ese orden de carroña y cerebros encerrados para que no asusten al rebaño manchado de sudor estéril, circo de sonámbulos, herejía votada por la mayoría con derecho a voto, con derecho a veto tres de seis mil millones y qué más da, si la sonrisa partida está y la nevera tiembla porque la necesidad se ha hecho irreversible y el mal aliento te acompañará de por vida, en los basureros del paro y en los quirófanos donde extirpan la venganza para que en el peor de los casos nos condenen a guardar silencio y comer ausencias de alegría y plenitud. Con el alma embargada, pidiendo un préstamo con condiciones de usurero al líder religioso de la manada, menos mal que ya solo rezan los muertos de hambre, de lo contrario el mundo ya se habría extinguido. Hacia donde dirigen sus plegarias mientras los anillos y la carne de cerdo o cordero les salta como una guillotina impotente en los estómagos. Defecando derechos sobre los cerebros reventados de quienes les aclaman. No quedan altares para dinamitar parlamentos hediondos y supurantes, carne podrida a base de mentir a sus hijos y a sus nietos, a sus mujeres y a sus maridos, mariposas infectadas de muerte y odio reclamando el voto al cordero degollado una y otra vez. Sin placer, volando en el límite del tiempo, olvidando las medidas del metro por temor a morir antes de tiempo, un simulacro de fiesta o sinapsis imponentes para hacer emerger la gloria. No creo que nadie pueda vivir *El Filósofo*, no es posible vivir fuera del orden de las cosas que nos sustentan, que nos encuadran en una viñeta posible, en una historia, en un cuento con referentes posibles de espacio y de tiempo. -

- Está volviendo- dijo Laia. - Ahora estoy volviendo, sí, estoy volviendo, os veo, estáis esperando una conclusión - ¿Lo compramos? ¿Por cuánto la unidad? - - Cariño, no te preocupes, soy yo, no he vuelto rallado, ni

babeando, pero creo que has sido un poquito hija de puta al ponerme contra la espada y la pared - - Tú fuiste el que generaste el contacto, yo sólo me responsabilizo de mis fuentes, si sigues con esa onda me largo, admitiendo que has perdido, que te has quedado atrapado en el viaje, en mi puta vida voy a discutir con mi socio delante de proveedores, baja del todo o sigue viajando pero no jodas el día ni la operación - - ¿operación? Joder, que importante suena eso, son sólo una cuantas unidades de un "planer" más, sí, *El Filósofo* está bien pero no es la ruptura con todo lo anterior que estábamos esperando, no hay un antes y un después, te facilita una terapia al uso, no muy diferente del viejo implante "logos" con el que te enchufas seis años de psicoanálisis en veinte minutos, no sé - dirigiéndose a Laia - ¿qué precio le pones a cada unidad? -

- Una tarjeta de seis meses a un TRC (indicadores de casas de lujo deshabitadas) de la zona - - ¡Eso es imposible! - contesta Ona - por una TRC se mata y por un *El Filósofo* te quedas sin comer un par de días - ¡Vámonos chicos!- sentenció Pilar, mientras se terminaba de dar crema en las piernas. - ¡un momento! - dije desenchufándome *El Filósofo*. - por cada unidad os damos un CS - - ¡para qué coño queremos coches de lujo en un mundo en el que las carreteras son una mierda! - - ¡Un HT!- dijo Ona - última oferta - - Un HT - pensaba Alex -un HT, un HT... ¡OK! Un HT por cada *Filósofo* - - ¿Qué coño es un HT?- cortó Pilar. - Un HT es el enlace que tienen los miembros de "las familias" para contratar billetes de avión a cualquier parte del mundo con una duración trimestral... imagínate, dentro de quince días a Bombay, desde allí a Lasa, luego a Pekín, a Tokio, a Santiago de Chile, a Buenos Aires, a Salvador de Bahía, a Ámsterdam de ahí a Barcelona - Le respondió Alex. - ¡Perfecto!- dijo Laia -Tenemos seis ¿tenéis vosotros seis HT? - - Aquí no - dije - Pero sólo necesito dos días para conseguirlos, tengo entrada directa al laboratorio de la reina de los HT, vive en el Sur pero es tan volátil como lo que fabrica. Si volvéis en un par de días podemos hacer el intercambio - - ¡No!- dijo Alex -Subir vosotros a Cadaqués - - ¡Vale!- dijo Ona -El jueves por la noche, por la mañana tengo que depilarme, nos vemos en Cadaqués - - ¿Depilarte?- dijo Pilar -Pareces una mona - - Depilarme. - dijo ella.

DESLIZARSE

- ¿Por qué habrás reaccionado de esa manera? Una crítica a una sociedad que ya no existe - dice Ona. - Supongo que no acabo de acostumbrarme a esta post, post, post crisis. Pensé que la depresión del 12 iba a cambiar las cosas, que aliviaría las mentes de todos los que habían basado la felicidad en el dinero; acuérdate de Ángel y Claret, eran el ejemplo perfecto del significado de caer de lo más alto. A ella le dan un cargo en Europa, se va a vivir a Bruselas, él se queda en Barcelona; con el pastón que gana Claret y con lo que él ingresa por sus acciones y su cargo de director artístico en TBWA viven por encima del bien y del mal. Los niños comen en el colegio y cuando llegan a casa se ocupa de ellos la asistenta que, como es licenciada en ciencias de la comunicación con un master en dirección de comunicación empresarial, pues, también se ocupa de educar a los niños. Ángel sólo trabajaba por las mañanas, por las tardes era un tipo con miles de euros que gastar y sin pareja real. Comenzó a enchufarse con el Trackart, la simulación que te permitía vivir en directo una subasta de arte, los que invitados a la puja se citaban en cualquier parte del mundo y vivían las horas previas a la subasta disfrutando de un aperitivo en los espacios más exclusivos del planeta, pleno glamour, luego empezaba la subasta, vivían la posibilidad de pujar por obras únicas, de valor incalculable y de su cuenta real sólo les era restado el 2% de su gasto virtual. Pero claro, un 2% de quinientos mil o un millón de euros no es cualquier cosa. Si el Trackart era alucinante pero en 6 meses podrías tener una deuda de medio millón. Claret en Bruselas se encontraba en la misma situación, cuando el poder en todas sus caras y los restaurantes, cartas de vinos, etc., comenzaron a repetirse, Bruselas empezó a aburrirle. Se empezó a enchufar al Borderless, juego en el que los protagonistas eran invitados a conferencias de paz para los conflictos más enquistados del planeta: Oriente Medio, Pakistán, Sierra Leona... A los jugadores se les dotaba de información privilegiada y de recursos económicos ilimitados para solucionar estos conflictos, pero claro,

de su cuenta real era cobrado el 2% de su gasto virtual, en un año debía novecientos mil euros a Borderless. –

- Se dieron cuenta del error – dice Ona. - Sí, se dieron cuenta del error, lo hablaron y juntos fueron a desengancharse al Inicio, juego terapéutico para millonarios adictos, a la huída de la vulgaridad y la pobreza. Este juego... - Si lo recuerdo – dice Ella. - Si, sé que te acuerdas,... se basaba en poder utilizar cualquier recurso terapéutico, cualquier terapeuta, obviamente con recursos económicos ilimitados; pero de tu cuenta real, se facturaba el 3% de tu gasto terapéutico virtual. - - Cuando les habían liquidado del todo – me corta y continúa ella – los niños ya iban a una escuela pública, a Claret le habían echado del partido y a Ángel le habían obligado a malvender sus acciones de TBWA. Te llamaron, tú me llamaste a mí y les vendimos el Shock, juego en el que borras todo lo vivido y comienzas de cero. Recuerdo que te pagaron con las últimas joyas que le quedaban a Claret, cuando te las dio me tuve que marchar de la habitación, eran nuestros amigos tío y les estábamos matando, pero en el 12 todos teníamos muchos gastos fijos al mes ¿Cuánto nos gastábamos tú y yo, doce, quince mil al mes? Todo olía a final, pero ¿quién coño tenía los huevos para admitirlo? Ángel y Claret se suicidaron en Bilbo, la madre de Claret me llamó para preguntarme dónde estaban los niños, lloraba, no la entendía, le colgué y te llamé a ti para preguntarte dónde estaban. Dimos con ellos, se los entregamos a los abuelos, y al salir recuerdo que me dijiste: “faltan días para que todo reviente”. Y reventó, ya te digo que reventó – concluyó Ona.

- Por eso estoy tan mosqueado, porque *El Filósofo* me ha provocado un enfoque idéntico al del 12, es como si no hubiéramos aprendido nada, estamos viviendo en una fábrica de cemento abandonada y al mismo tiempo, quedando con un grupo de gilipollas en Cadaqués idénticos a Ángel y a Claret. Volvemos a ser carne fresca para el patíbulo. No sé, pero hay que dar con el creador de *El Filósofo* y hacerlo de otra manera. -

Llegamos a Cadaqués una mañana de abril: cielo azul ampurdá, denso y carnoso. Tomamos una cerveza en el Casino, justo en frente de las ruinas

del Rocamar, donde vive en una de sus buhardillas, la creadora de *El Filósofo*.

Una ráfaga de viento. Una mirada. La forma de coger el taco de billar en el Casino... En Cadaqués cualquier gesto es importante. Eres un recién llegado si no te contagias, al instante, de la intimidad del ambiente. Algo te dice que eres de aquí o que debes largarte para siempre. La magia, el azul Empurdà: denso, sutil, transido de rojos esperanza.

Llegamos a las ruinas del hotel que perteneció a la familia de Dora, Los Fargan, rentable cuando había turismo, hacía más de un siglo que viajar por placer era un concepto arqueológico. Una vez allí, fabulosas vistas a la cala del Rocamar, ese mar daliniano, rompiendo suave con curvas modernistas.

Nos encontramos con Dora. Pelo rapado. Portátil suspendido en una rampa sobre el abismo que media entre el ático del hotel y las rocas de la cala sur. El ordenador cuelga de cinco cuerdas de coral rojo del legendario Amberes. Habita en el vacío, en la nobleza de los muros vencidos por el paso del tiempo... Es la creadora de *El Filósofo*. ¿Qué le cuentas a la tía que está por encima de la media? ¿Qué le cuentas a la pija exmillonaria que crea por necesidad de compartir conocimiento?

-¿Venís de la capital?- preguntó Dora - Sí, somos el polvo del día a día - contestó Ona - Y yo aquí, por encima del bien y del mal, creando desde las alturas ¿no?- cortó Dora, que entendiendo la ansiedad de Ona le invita a relajarse. Ona se muerde los labios y controla su inmediato deseo de robarle *El Código* a Dora y salir corriendo. Mira al suelo. Respira, se centra, e intentando cambiar la percepción de Dora, dice - Venimos para intentar comprender a la creadora de *El Filósofo* y, no te engaño, nos dedicamos a vender implantes. También venimos a hablar de negocios. Dicho esto, Ona acepta el té helado que le ofrece Dora y se asoma tensa al abismo desde donde ella crea.

Regreso del servicio y me encuentro a las dos mujeres que más me importan en este momento asomadas al abismo - Bueno Dora, qué se

siente ser la mujer más deseada del postmundo – – Pues mira, te voy a ser sincera, hasta el coño de ese grupo de gilipollas que os ofrecieron mi criatura, *El Filósofo* es mi niño, mi creación más sutil y delicada. No funciona igual en cada mente, no tiene una estructura de acoplamiento base al neo-córtex, depende en un ochenta por ciento de la persona que se lo enchufa. He conseguido una deriva genética increíble frente a todo lo que había hecho antes. Creo incluso, aún no estoy segura, que, como la dieta o los hábitos, puede modificar el peso que la carga genética heredada tiene en nuestra conducta y forma de entender el mundo. -

Dora continuó durante una hora alucinando sobre la capacidad de *El Filósofo* para reeducar. Si probaba su hipótesis bastarían con unas cuantas sesiones para modificar la conducta de tiranos, asesinos, egotistas, atormentados... Dora disfrutaba de su divinidad frente a su ordenador gravitando sobre la cala de poniente. Ona, sabía que Dora era el perfil de mujer que más podía tentarme, pero éramos socios en esa sociedad hostil y deshumanizada hasta el tuétano, hacía mucho tiempo que no le quitaba el sueño la fidelidad, se necesitaban, eso era más importante que la erótica puntual de una tarde con una extraña; nos necesitábamos de manera absoluta, por separado no podríamos sobrevivir, esa era la clave de nuestra confianza, de nuestra fidelidad.

Bajamos al casino del pueblo a tomar unas cervezas y vimos que un pequeño grupo de personas nos seguían a una distancia prudente; Dora nos comentó que la seguían a todas partes, creían que era una especie de enviada que les sacaría del letargo, se había corrido la voz de que Dora tenía en su poder la receta última de la felicidad sin efectos secundarios, que la creadora de *El Filósofo* trabajaba en la fórmula que podría sacarnos de esa infernal realidad en la que sólo si habías nacido en el núcleo de alguna Familia podías aspirar a disfrutar de la vida. Cadaqués esta llena de puertos de todo tipo, pero sin tarjetas de acceso no eran más que símbolos de frustración. Todas las Familias tenían allí una representación de sus feudos, fuera de temporada el pueblo parecía el escenario de una fiesta de super lujo con todo tipo de posibilidad de diversión, pero sin invitados. Dora se encontraba en su salsa, había repudiado su pertenencia a una de las

familias más poderosas del país, los Fargan, antes de abandonar su dulce cuna se hizo con una buena cantidad de implantes y mutantes de recepción, las Familias tenían tarjetas maestras para conectarse a la mayoría de los puertos, Dora parecía una de los nuestros pero vivía como ellos; nada que reprocharle, ¿Quién no habría hecho lo mismo?, ya había sido suficientemente valiente, pasando de la protección y las posibilidades infinitas que te ofrece haber nacido en alguna Familia, cuanto más los Fargan, una de las más poderosas, jefes absolutos de los feudos del Penedés.

Cuando llegamos al casino, el grupo de fieles se dispersó por la playa, pero sin alejarse demasiado. Ona le preguntó si no la incomodaba que la siguieran a todas partes, Dora le contestó que en absoluto, les daba una razón de ser y había conseguido convencerles de que no se enchufaran la primera mierda que pillaran a cambio de unas deportivas o una vajilla robada a sus padres. Dora era su protectora y en breve, incluso podría llevarles con ella a un nivel superior.

Pedimos unas cervezas y nos pusimos a jugar al billar, al mirar a Dora me resultaba difícil creer que esa mujer tan menuda tuviera tanto poder, el taco era más grande que ella y jugaba con bastante torpeza, pero eso es lo que tienen los genios, a la mayoría no se les nota en absoluto hasta que hablas con ellos. Yo, sin embargo, era lo contrario, tenía aspecto de genio y no había conseguido inventar ni una sola conexión córtex interesante, ni que decir tiene que a puertos neo-córtex ni me había acercado, la neurotransmisión artificial era para unos pocos elegidos, como Dora, cuanto más tiempo pasaba a su lado más crecía en mí la envidia. Ona, por el contrario, parecía super a gusto junto a Dora, reían, se decían cosas al oído; yo no conseguía hablar con ella nada más que historias relacionadas con *El Filósofo* o el mercado de conexiones, quizá el deseo de ser ella, de ser un creador sinapsis me limitaba, me bloqueaba, pensé que un poco más de cerveza me ayudaría a saltar esas barreras.

Yo, aún no había sacado el tema sobre la decepción que me provocó el viaje con *El Filósofo*, que me había parecido prácticamente igual al 12, que no rompías definitivamente con nada, al terminar la conexión tenías unas

ganas enormes de volver a empezar y eso era lo que había que corregir, la diferencia está en que no te provoque adicción, con necesidad de volver a empezar, *El Filósofo* se convertía en un neo-córtex más. Miré a Ona como para indicarla que le secara ya el tema a Dora, pero me dijo con la mirada que no. Ella manejaba los tiempos mucho mejor que yo, así es que no había más que decir; yo proponía los planes, pero era ella quien los planificaba y los hacía posibles, bajaba mis ideas a tierra y las hacía trabajar; habría que esperar a que a Ona le pareciera oportuno bajar de la nube a Dora, no iba a ser fácil, sobre todo al ver como al salir del casino, otra vez ese grupo de fieles comenzó a seguirnos a una distancia respetuosa, en silencio, como esperando escuchar el sonido de la respiración de Dora, observar y grabar en sus mentes el más mínimo de sus gestos, de sus palabras, era muy extraño, hacía años que no veía una cosa así, en alguna conexión a los ACP (Acumuladores públicos de historia) había visto a grupos de música del siglo XX perseguidos por grupos de fieles exaltados, como si quisieran devorar a sus ídolos, también pasaba con los que llamaban políticos, algo parecido a los patriarcas y matriarcas de las Familias actuales, a esos políticos les seguían como si fueran mesías... pero yo en mi vida había visto nada igual a lo que pasaba con Dora.

La admiración había muerto mucho antes de yo nacer, los patriarcas de las Familias no podían salir de los feudos por miedo a ser descuartizados, todos los que vivíamos fuera de los feudos íbamos a nuestro rollo intentando sobrevivir, nadie admiraba a nadie, todo el mundo consideraba al otro un competidor, un enemigo potencial, el que intentaría quitarte el refugio y la comida; más bien se parecía a lo que había visto en los ACP sobre la vida animal en las selvas de África, aquellos antiguos animales, leones, leopardos, búfalos... luchando por comer y no ser comidos; a eso es a lo que más se parecía nuestra sociedad ahora; por eso alucinaba con ese grupo de personas siguiéndola como a un viejo ídolo y aún Dora no había cumplido los treinta años. Quizá había conseguido implantarse una UM (unidad de maduración) y tenía doscientos años, pero eso era imposible, las UM eran muy toscas, incluso peligrosas para los implantes, no podía haber conseguido dar ese salto en el tiempo y convertir en algo sofisticado a las "incubadoras" como se conocía a las UM en el mercado. No, la verdad es

que era un genio y Ona lo sabía, no le provocaba envidia, sólo quería negociar con Dora y sacar el máximo rendimiento de este viaje a Cadaqués, yo como siempre me estaba perdiendo en los laberintos de lo intangible. Ona sabría encontrar el momento en el que comentarle a Dora las deficiencias de *El Filósofo* e incluso salir de aquí con unas cuantas unidades mejoradas para ponerlas a prueba en el mercado de implantes.

Llegamos a casa de Dora y sin muchos preámbulos nos invitó a probar una nueva versión de *El Filósofo*, yo le pregunté que en que consistía la mejora, Dora me contestó que ya no generaba adicción, ahora te lo implantabas como el que se da un premio, no como el que lo necesita de nuevo sin saber por qué. Increíble, nos había leído el pensamiento o ya le habían visitado otros comerciales comentándole la misma decepción que nosotros. Dora sacó una UM y un disco de hielo seco para comenzar la conexión del implante -¿quién es el primero?- miré a Ona, ella a mí, y como de costumbre me preparé para probarlo. Ona tenía un gesto que no acababa de tranquilizarme, Dora salió de la habitación y ella me dijo que no lo tenía claro, Dora era demasiado inteligente y no se jugaba nada, tenía acceso a todo tipo de puertos, implantes... nosotros para ella éramos como hormigas, me preguntó si estaba seguro, quizá era el primero en probarlo. Dora volvió al salón con unas cervezas muy frías, las sirvió y nos comentó como si nada que ella se lo había implantado nueve veces y no había sufrido ningún "vacío", el vacío era un efecto muy temido de los implantes, al terminar el viaje no recordabas ni quien eras, algunos no volvían, la mayoría de las veces no duraba más de veinticuatro horas. Con esta joven genio no se podía ni pensar, te leía hasta el código genético, sabíamos que la madre de Dora era neurocirujana, y que desde niña le había desarrollado implantes crónicos que le habían permitido asimilar enormes cantidades de conocimiento que a su edad el común de los mortales no podían ni imaginar, pero aún así, era mi cerebro el que estaba en juego, si me lo achicharraba jugando a ser el mejor comercial de implantes de los últimos tiempos, iba a ser yo el que pasaría el resto de la vida acompañado por perros, único animal no humano que aún quedaba en el planeta. A Ona le daría mucha pena durante unos pocos meses y luego se buscaría un nuevo socio, así era la vida en el XXIX, o te alimentabas por ti mismo o te ibas a

comer los restos con los perros. Me vino a la mente, frente a Ona y a Dora con su UM y su disco de hielo seco en ambas manos; la imagen de los grupos de Escros, pequeños grupos de personas que decidieron vivir como perros con los perros, no les entendía pero se hacía respetar porque no se andaban con diálogos, en lugar de pelear atacaban sin más, pensaban que la prepotencia del ser humano y su patética visión de ser superior sobre el resto de las especies había provocado La Última Depresión, o el "se jodió" que decíamos nosotros; pero bueno, ahí estaba yo, ante un implante nuevo, con un grupo de fieles apostados a la puerta de la casa de Dora, con todas las sinapsis temblándome como gelatina – Ven aquí, toma, esta es la matriz- Cogí la matriz y me apliqué el implante.

Cuando volvía oí risas en la cocina, Ona y Dora entraron en el salón con una enorme tarta de manzana con fresas por encima, me encontraba genial, sentí a Ona y a Dora como las personas que más había querido en este mundo, Dora me miraba como si me diera la bienvenida al nuevo mundo, me habían vestido con una túnica verde pálido con bordados rojos en mangas y bajos, me sirvieron un pedazo de tarta y Ona me dijo que los fieles esperaban unas palabras abajo, en la cala, sin poder dejar de mirarla, Ona estaba radiante, comí la tarta con extremo placer y sin decir palabra salí al balcón de la casa de Dora que daba a la cala de poniente y comencé a hablar, los fieles habían encendido hogueras y me escuchaban como quien te va a dar la felicidad eterna. Una chica pelirroja que no tendría más de dieciséis años se levantó y me preguntó por Dora, Dora soy yo, respondí sin pensar, lo que provocó que todos se levantaran al unísono y comenzaran a aclamarme como en los antiguos archivos de las ACP, como a esos grupos de música, como a un político del XXI, fue un momento increíble, en ese momento Ona salió al balcón y me besó, Dora salió tras ella y colocándose entre ambos nos agarró de la cintura y sonriendo como si le acabaran de perdonar todos sus pecados nos ofreció como trofeo al grupo de fieles que enloqueció literalmente, habría más de cien personas allí abajo, un delirio y eso no había hecho más que empezar.

Ona tiró de Dora y de mí hacia dentro y con una mirada que yo conocía muy bien, le indicó a Dora que fuera a por otra UM y otro implante de *E/*

Filósofo ella quería perderse en la carnosa novedad del implante mejorado, de lo que Dora acaba de denominar el proto implante. Bien, ahí estaba Ona a punto de enchufarse a los nuevos tiempos, durante cinco horas viajaría por el interior de las emociones, por el tuétano de la necesidad, por la estructura que une y supera el matrimonio de la voluntad de morir y de la voluntad de vivir. Una montaña rusa de asimilación y olvido, regeneración y amputación de conexiones, un infinito de vacío y una plenitud como nunca antes habrá sentido.

Dora me invitó a bajar con los fieles mientras Ona volaba; perfecto, quería probar como era sentirme dos en uno rodeado de gente; yo era Dora y ella era yo, pero de alguna manera sutil e increíblemente nítida, cada uno mantenía su individualidad. Los fieles, al vernos, nos invitaron a sentarnos junto a la hoguera más espectacular, lenguas de un amarillo intenso lamían las curvas más profundas de la noche; en torno nuestro se sentaron nueve fieles, todos con el pelo rapado y una estrella amarilla de cinco puntas tatuada en la frente. Yo no había visto tatuajes nada más que en las ACP, pero ahí estaban, ¿De dónde habían sacado la tinta?, quizá fueran pigmentos naturales, natural, que idiotez, lo único natural que quedaba en este planeta era la madera proveniente de los millones de casas en ruinas.

Un joven se levantó y nos ofreció un trozo de azúcar de color rojizo, Dora se lo metió a la boca sin pensar y yo hice lo mismo, pero pensándomelo, antes de metérmelo a la boca miré al joven a los ojos y me di cuenta que era como mirar un agujero en la pared, carecía de mirada, era una pupila muerta, pero bueno, me lo comí e inmediatamente me sentí como si acabara de desayunar, fresco, lleno de energía. Una mujer, de unos cuarenta años, salió de entre la multitud y se sentó frente a nosotros –Lo hemos conseguido- dijo, se levantó y se marchó. Dora me miró y me indicó con la mirada que volviéramos a casa. Ona acababa de volver, yo pensaba que había pasado media hora y ya habían pasado las cinco horas de su viaje.

Cuando entramos Ona salía de la ducha, su aspecto era fabuloso, su piel brillaba, el tono bronceado que había adquirido tras unos días en la playa, le

daban un aspecto ambarino, los ojos la brillaban con intensidad, las pupilas contraídas resaltaban su iris verde esmeralda. Dora se sacó un pedazo de la misma sustancia rojiza que nos habían ofrecido los fieles y Ona sacó la lengua donde Dora la depositó con un toque entre lascivo y sacramental. Estábamos comulgando tras haber atravesado a otra consciencia, no sé, quizá era un poco exagerado pero realmente percibía el mundo desde otro plano. Dora cogió a Ona de la cadera y le invitó a sentarse en el sofá, con un gesto me indicó a mí que también me sentara, Dora fue a su habitación y volvió con una PRE (Placa de Relación Emocional), se sentó entre ambos y la PRE confirmó que compartíamos espacio, Ona, Dora y yo éramos uno para la máquina. Dora se levantó y nos comunicó que había decidido que fuéramos Ona y yo quienes realizáramos la distribución de *El Filósofo* en exclusiva. No quería que los alocados y frívolos vástagos de las Familias, educados como tiranos absolutos, por muy libres que se consideraran, pusieran sus manos en su criatura.

Ona y yo, aún no sabíamos hasta que punto estábamos bajo el efecto del reciente viaje o aquella sensación de comunión con el entorno resultaría verdaderamente estable, crónica, como afirmaba Dora, de calado genético ¿realmente había modificado nuestra deriva genética? De momento así parecía.

Yo contaba los minutos para que llegara el momento de retirarnos a dormir, necesitaba hablar a solas con Ona, su aspecto era idéntico al mío, casi seguro que habíamos tenido un viaje paralelo, pero necesitaba comprobarlo por mi mismo. Cuando nos quedamos solos Ona me dijo que los fieles serían la clave a la hora de distribuir *El Filósofo* de la manera que a nosotros nos interesaba. Ellos harían correr el rumor. Ya no había mercado, ni publicidad, ni marketing; el rumor de que algo nuevo había nacido en Cadaqués era lo que necesitábamos. De momento esa turba que se congregaba bajo la casa de Dora era nuestra base para cambiar nuestras vidas, pero realmente no teníamos ni idea de cómo queríamos cambiar nuestras vidas, al menos yo.

Estaba claro que un sinfín de accesos a puertos e implantes era un futuro prometedor, pero no teníamos ni idea de lo que significaba ser perseguido por un grupo de lunáticos que consideran que puedes cambiar su percepción de la realidad a cambio de una conexión a un GET, implante con el que viajabas por encima de la atmósfera, o un FIS, viaje a once mil metros bajo el mar o, más importante, unas deportivas cómodas y bonitas o conexiones a energía para el viejo Ford. De momento no me bajaba el pedo del viaje, a Ona tampoco, todo era perfecto, demasiado perfecto quizá. No, nada era perfecto, según ella teníamos que saber gestionar a esa masa heterogénea de fieles ¿qué buscaban? Ellos idealizaban a Dora, a la creadora por encima del bien y del mal, pero nosotros éramos como ellos, la única diferencia es que habíamos sido elegidos, tocados por la mano de Dora, la sacerdotisa más buscada del XXIX.

Hicimos el amor y después Ona me convenció para que bajáramos con los fieles. Yo pensaba que al ser las cuatro de la madrugada sólo quedarían unos cuantos desubicados pero, al contrario, el número de ellos se había duplicado, no menos de quinientas personas abarrotaban la cala. Joder, yo no estaba preparado para eso, Ona se mostraba relajada y llena de confianza, al vernos llegar nos hicieron un pasillo que se iba cerrando tras nosotros hasta que llegamos a la hoguera central donde, el tipo que me había pasado el terrón de azúcar rojizo y la mujer que nos había dicho –lo hemos conseguido- charlaban animadamente. Al vernos, sin levantarse nos invitaron a sentarnos y, tras unos minutos de sonrisas y bienvenidas, nos pasaron una PRE, Ona, yo y el resto de fieles estábamos identificados por la máquina como una misma persona a nivel emocional. Esto era demasiado, cómo saber quién eres si eres quinientas personas al mismo tiempo. Sentí un ligero bajón de tensión y el de la estrella amarilla en la frente saltó como un resorte y me introdujo otra dosis de esa dulce sustancia rojiza –Ahora no, debes dar ejemplo, no pueden verte desfallecer, desvincularse, mira tu socia, está radiante, no la jodas, no pienses demasiado, ya lo harás luego, ahora sólo permítete sentir, sólo sentir, si metes en esto la estrategia, la planificación... todo habrá terminado antes de empezar-

De nuevo el azucarillo hizo su efecto, comencé a recobrar la energía, la tensión; no es que todo el mundo estuviera pendiente de nosotros, de hecho la mayoría de la gente no podía ni vernos, ahí, sentados en el centro, pero un grupo, al parecer de elegidos, no nos quitaba el ojo de encima.

Pensé que era alucinante, el ser humano siempre reproduce una jerarquía, en cualquier circunstancia siempre hay niveles; los menos dotados en la periferia y según nos vamos acercando al núcleo, nos encontramos con los líderes, con los más aptos; esto me mosqueaba pero, como me acababa de decir mi protector, nada de racionalizar, nada de pensar, sólo sentir. Miré a Ona, hablaba con la mujer del –lo hemos conseguido- y con el de la estrella amarilla como si les conociera de toda la vida; ella hablaba y hablaba sin parar, los otros dos asentían con los ojos brillantes de admiración y obediencia; yo esperaba al acecho unos segundos de silencio para pedirle por favor que volviéramos a la seguridad de la casa de Dora.

En un momento en el que el guru y la gurumayi locales se distrajeron con un grupo que venía a preguntarles por no sé qué, le di un toque a Ona y sin dejarme articular palabra me dijo, dame cinco minutos y nos vamos. Pues nada, perfecto, ahora mi socia me leía el pensamiento; sé que los viajes de implantes tan sofisticados no son lineales en el tiempo, más bien suelen comportarse de manera rizomática, es decir, lo bueno ahora puede ser malo luego y así un número ilimitado de posibilidades, por lo que sin ningún problema acepté mi inferioridad respecto a Ona en ese momento, lo habíamos vivido un innumerable número de veces, de hecho ese conocimiento de los efectos del viaje con implantes neo-córtex era lo que nos mantenía unidos, nos habíamos salvado el culo en más de una ocasión, pero, joder, que ganas tenía de volver a la seguridad de nuestro cuarto en casa de Dora; nunca me había sentido tan expuesto; el de la estrella y la otra me miraban de vez en cuando, sin meterme presión, pero esperando algo más que ese mutismo que me tenía atenazado; no tenía nada que decir, me sentía en un estado alucinante, como nunca antes me había sentido, pero no podía compartirlo, lo tenía todo bloqueado en el pecho; Ona me cubría las espaldas pero me habría gustado disfrutar de ese momentazo.

Por fin, ella me dio un toque en la pierna y me indicó que podíamos marcharnos; nos levantamos, nos despedimos y de nuevo un pasillo se abrió mientras avanzábamos.

Cuando entramos a casa de Dora, como no podía ser de otra manera, ella nos estaba esperando en el salón, no le había gustado nada mi comportamiento; Ona le argumento que yo había volado primero y los efectos genéticos siempre necesitaban un momento de reposo antes de perpetuarse. Esa frase me hizo volver y durante cinco minutos argumenté el acoplamiento genético tras un viaje neo-córtex con derivados genéticos; Dora pareció tranquilizarse y nos invitó a retirarnos a descansar.

Bajo el sol de la mañana el viejo Ford nos esperaba en la puerta de salida de la casa de Dora, habíamos pactado en el desayuno no hablar de *El Filósofo* a quienes no lo merecieran, yo pensaba que esos recelos eran típicos del creador, pero en la realidad esa exigencia solía quedar relegada a la necesidad de la transferencia. Ona y yo no nadábamos en la abundancia, es más, creo que las deportivas que yo llevaba puestas ya tenían más de seis inviernos y el vestido de Ona se transparentaba en los bajos; es decir, los creadores como Dora que tenían el mundo bajo sus pies, sobrestimaban el celo de sus comerciales para distribuir la mercancía; nosotros necesitábamos caminar, enchufarnos a un buen puerto XTM, entretenimiento, y poder enchufar el viejo Ford a enlaces energía; eso era lo que personajes como Dora nunca llegarían a comprender, los límites entre la necesidad y el arrobamiento místico.

Dora transcendía y tenía orgasmos múltiples frente a su ordenador, colgado sobre la cala, mientras nosotros, los elegidos, rodábamos envueltos en una eterna insatisfacción. Éramos iguales a la hora de buscar el éxito, el ser idolatrada para Dora era fundamental, para nosotros era fundamental poder comer o viajar; estábamos en el mismo mundo pero pertenecíamos a universos diferentes.

Cuando en la puerta de su casa nos dio el UXB de *El Filósofo* fue un momento muy extraño, para Dora una Unidad para Barias era una simple posibilidad de convertir su individualidad en una comunión de masas, para nosotros esa UXB era la manera de librarnos de la indigencia, de vivir en las ruinas de la fábrica de cemento; no es que las vistas no fueran formidables, un flotar ingrávigo sobre el azul turquesa del Mediterráneo, pero nos faltaba de todo, vivíamos al límite, mientras Dora creaba las vísceras de *El Filósofo* en un ordenador que colgaba de cinco líneas de coral rojo sobre la cala de poniente de Cadaqués.

Llevaba un par de horas conduciendo cuando Ona me dijo - te das cuenta que podemos llegar en coche hasta la puerta de casa, Dora nos ha pasado enlaces de energía para dar la vuelta al mundo en tu viejo Ford - una ola de placer recorrió mi cuerpo, era cierto, habíamos sido tocados por la mano de la realeza, todo lo que teníamos y tendríamos dependía de una oveja negra de las Familias; si de pronto le daba por pensar que Ona y yo no merecíamos los favores de su privilegiada cabeza, pasaríamos de tenerlo todo a no tener nada de nuevo.

Me parecía brutal nuestra exposición, pero Ella no compartía en absoluto mi visión de la jugada, para Ona, Dora no era una veleta al viento, tenía muy clara nuestra evolución; cuando yo estuve abajo con Dora y con los fieles después de mi viaje, ella había visto nuestros expedientes encima del ordenador de Dora y, evidentemente, no estaban allí por descuido, Dora los había dejado allí para que Ona los viera; cuando terminó el viaje y sintió el deseo de ducharse, justo al pasar por el cuarto de Dora, ahí estaban los biodata de ambos, Dora tenía subrayado en amarillo las líneas básica de la evolución en la transmisión de implantes de ambos. Ona los leyó por encima, mi evolución era la de un teórico mediocre y un intermediario de lujo y la de ella como una teórica e intermediaria de fiar; para Dora al parecer había sido la mezcla perfecta, a mí me parecía un poquito pastel, sobre todo al contemplar los paisajes que se deslizaban a ambos lados del viejo Ford, ruinas carentes de cualquier atractivo, signos inequívocos de una sociedad que adora la fealdad y la convierte en su centro.

En los ACP había visto como el mundo se daba a sí mismo por el culo en el XXII, en absoluto me consideraba un tío culto, eso quedaba restringido a los hijos de las Familias, pero me había movido, había intercambiado implantes cutres y me había enganchado siempre que había podido a los HPU (Historia Política Universal), allí había descubierto quizá más de lo que me habría venido bien saber debido a mi condición de individuo extrarradio, con los puertos cutres y las conexiones llenas de ruido que había conseguido, tenía una idea aproximada de porque las Familias gobernaban nuestro caótico mundo.

Ona, de pronto cambió el ritmo –Ya no somos basura de cuneta, ahora somos los emisarios de una visionaria única- soltó mientras me apretaba la pierna derecha –No me interesa quien has sido, ni quien eres- en ese momento atravesábamos un puente eterno sobre un río seco –No me siento comprometida con la mujer que conociste, vuela conmigo, no se trata de elegir, el viaje no te muestra dos caminos, sólo se ve uno, nítido, iluminado sobre un fondo oscuro, el de ser los divulgadores de *El Filósofo*; siento que tengo que hacerlo y lo voy a hacer, pero no sin ti, siento que no llegas a verlo, que te has quedado a mitad de viaje ¿es así?-

Yo, miraba los pinares secos y las huellas que habían dejado los ríos, de pronto una luz verde y amarilla se hizo un hueco entre mis ojos, la llamada luminosa de uno de los pocos moteles que habían conseguido adaptarse a los nuevos tiempos, me hacía señas para que parase a intercambiar algo, puesto para energía, unos pantalones o... *El Filósofo*; aún no habíamos hablado de cual iba a ser la unidad de cambio mínima para *El Filósofo*; eso era algo nuestro, ¿cómo iba Dora a marcarnos esta línea mínima de necesidad?

Paramos, el jefe del motel se acercó como un buitre, le pasamos un puerto para cuatro cargas y el rostro de buitre le cambió del tirón hacia una persona afable y obsequiosa. Nos instalamos en la 433 y ella le dio un enlace de XTM de 48 horas, no se despegaría de su nuevo juguete en unas cuantas horas. Era una habitación mohosa, la humedad nos recibía. A la mañana siguiente, cuando me levanté todo habían empezado, Ona hablaba

animadamente con el dueño del motel, su cara de víbora enterrada a la espera de presa había mutado en un rostro feliz y abierto, ella hablaba con un igual al que 24 horas antes hubiera considerado un deshecho humano.

Cuando Ona volvió a la habitación, efectivamente había pasado lo que sospechaba, habíamos intercambiado nuestro primer implante modificado de *El Filósofo*, y a ella, aunque le daba igual lo conseguido a cambio, le había sacado diez puertos más de enlace energía para el viejo Ford. Podíamos conducir durante días a cambio de un nuevo adepto.

Ona me pidió que esperáramos a que el dueño del motel terminara su viaje para irnos, teníamos que verificar que volvía de la forma esperada. A las cinco de la mañana el jefe del motel irrumpió en nuestra habitación y, tras pedir permiso desde la puerta, abrazó efusivamente a Ona, quien le devolvió el abrazo como si le recibiera en la nueva tribu, como si le recibiera de hecho en la élite; me indicó que le ayudara, el tipo presentaba junto a sus pupilas iluminadas como una antigua autopista, unas largas babas blancas que le colgaban de las comisuras de los labios, al parecer, yo tenía que ocuparme de que los admitidos a la nueva religión de Dora, a parte de vivir en nuestra nueva zona residencial, también parecieran a nivel estético dignos de ese privilegio; es cierto que, antes de enchufarse *El Filósofo* el dueño del motel parecía una morsa anodina y, ahora, yo mismo veía como habían subido sus capacidades de atracción sobre los otros, sobre mí que le limpiaba las babas blancas que le colgaban de las comisuras de los labios. El tipo me abrazaba, decía que ella y yo éramos lo mejor que le había pasado nunca.

Cuando ya el sol caía a plomo salimos de la habitación 433, un grupo de fieles, acampado al otro lado de la carretera nos observaba desde el fondo de sus pupilas muertas; las estrellas amarillas de sus frentes brillaban más de lo que yo habría querido. Ona soltó la mochila sobre mis pies y, atravesando la carretera abrazó a mi antiguo protector y a la mujer – lo hemos conseguido – Joder, estaban ahí, la presión no bajaba, seguía bloqueado, ¿cómo iba a satisfacerlos?, necesitaba a Dora, la creadora de lo que ahora me obligaba a ser especial. Ona ya lo era, yo me estaba

disolviendo, nadaba entre dos corrientes, en una era un ídolo estéril y en otra un inmortal preñado de la capacidad de ser, de hacerles sentirse uno, de volar sobre las cenizas, de volar sobre sus muertos, sus metas convertidas en murallas conquistadas; ella y yo éramos su única salida.

Dora lo había dejado claro, nosotros éramos los únicos intermediarios con el más allá. Pero al mirar lo que rodeaba el motel, las babas de felicidad del dueño, la estéril mirada de los fieles frente al motel y mis dudas, sólo podía pensar en que Ona era la única que nos podía sacar de este enredo, como siempre una gran promesa para una pobre mesa. Esto me habían dejado claro los romanos en los archivos de las ACP, sólo los dioses se lo pasan bien cuando se acaba la fiesta. Me estaba matando la presión, Ona era el ejemplo perfecto al que imitar para saborear nuestro éxito en el negocio con Dora, ¿qué coño me pasaba?

- ¿Qué coño me pasa? – le pregunté a Ona. Ella me miró y me pasó una PRE, en ella vi el código de Dora, introduje el mío y me salió “cobarde”. Dora y Ona lo tenían claro, el dejar de ser un periférico me costaba más de lo que yo habría pensado; la responsabilidad de tener todo lo que necesitaba a mi disposición me bloqueaba. El ordenador de Dora colgado sobre la cala de poniente, Ona brillando tras su comunión. Me estaba quedando atrás, no llegaba ¿Porqué no me sentía parte del éxito? Ona y yo habíamos sido un solo ser durante años ¿Porqué yo ahora no estaba a la altura de las circunstancias? El babeante dueño del motel me había asustado, ¿Por qué me había asustado en lugar de considerarlo un nuevo fiel? Quizá no me gustaron sus babas; quizá a Dora le gustaban demasiado las babas, que sus fieles lo fueran realmente. Fieles, adeptos, periféricos que admiraban el centro sobre todas las cosas.

Centro y periferia, curioso, la esencia del *El Filósofo*, transformar la periferia en centro o el centro en periferia. Plantando a Dora en cualquier periferia ella y sus fieles haría de aquel lugar lejano y hostil un centro deseable. Ona sabía que íbamos a jugar a resucitar conciencias, a convertir en ídolos gente como nosotros que estaba expirando, intercambiando su último juego de pilas por un par de pantalones. Lo que más me bloqueaba era ser Dios sin

antes haberlo ni deseado. Ona sabía que no teníamos tiempo, que nuestro cuarto en la cementera era deseado por más de tres parejas, que despertarnos contemplando el mediterráneo en todo su esplendor era un privilegio excesivo para una pareja que no pertenecía a las Familias. Ella sabía que nuestro presente estaba preso de los resultados de la Bolsa de Sitges; que el precio de mis pantalones dependía del reflujó de la inversión de Sitges en Vilafranca. Nuestro día a día dependía de personas que no sabían lo que era vivir en una casa sin ventanas, en las oficinas de una cementera que te ofrecía el mundo al despertar y te lo quitaba cuando no podías conectarte a ningún puerto, todo dependía de las conexiones, de los implantes y yo sentado en mi viejo Ford, veía como Ona le sonreía al babeante dueño del motel; y el de la estrella amarilla y la mujer del – lo hemos conseguido – le miraban con cara de hemos triunfado, la decisión es nuestra, ya no necesitaremos sus limosnas; ahora tenemos *El Filósofo*, tenemos a Dora, creamos de nuevo.

Siempre que conducía durante horas me sentía liviano, es normal, no te mueves del asiento pero bajo tus pies pasan miles de metros de planeta, a los lados de tus ventanas millones de plantas, casas, terrenos diferentes desfilan; eso tiene que influir, no es natural que un ser humano que no es capaz de correr a ciento cuarenta kilómetros por hora ni un metro, se sienta influenciado por toda esa masa de átomos volando frente a sus ojos, bajo sus pies. La Tierra no deja de moverse alrededor del Sol, vale; además gira a toda hostia sobre sí misma y, además un pedrusco llamado Luna también vuela con nosotros mostrándonos siempre su misma cara; mucho movimiento ¿cómo es posible que esto no nos influya?

Es normal que el ser humano ande todo el día buscando gente ahí fuera, buscando planetas que se parezcan a la Tierra allende los confines del Universo; no es que nos sintamos solos, lo que nos pasa es que tenemos una ansiedad alucinante al ir a toda hostia sin encontrarnos con nada por el camino y, además, teniendo la sensación de no movernos del sitio. Cómo me puedo explicar a mí mismo el estar recorriendo millones de kilómetros al año sin ningún sentido, parece como un castigo cuando éramos unos chicos malos en el cole: “da durante cien millones de años vueltas idénticas

alrededor del Sol". No merece ni comentarios, es evidente ¿te imaginas pasar un año dando vueltas alrededor de la casa de Dora, en una elipsis perfecta? Hasta Dora, la gran gurumayi del XXIX, le parecería estéril que un adepto pasara su vida dando vuelta alrededor de su sagrado ordenador colgado sobre la cala de poniente, de su sagrada casa y de su sagrada persona...

Entonces, por qué los habitantes de la Tierra, incluida Dora, Ona, los fieles, y yo mismo, dábamos vueltas y vueltas alrededor del Sol sin cuestionarnos nuestra simplicidad, nuestra esclavitud. En un ACP del XIX vi un documento en el que un burro daba vueltas atado a un palo, para que una noria dentada moliera los granos de trigo para hacer harina que, el dueño del burro, vendía a los habitantes que vivían cerca de su casa. Este burro del ACP del XIX (estamos hablando de hace novecientos años), es idéntico a todos nosotros dando vueltas alrededor del Sol; el burro daba vueltas y obtenía harina de trigo y comida; nosotros damos vueltas y obtenemos comida y vida ¿somos los burros de algún terrateniente universal?

Yo pensaba en todo esto disfrutando, por primera vez en toda mi vida, de pisar el viejo Ford a fondo sin pensar en administrar la energía disponible, El Sol y nuestro viejo Ford tenían energía ilimitada, pero éramos esclavos, la Tierra del Sol y nosotros de Dora.

Ona me sacó de la onda subterránea en que me había cobijado las últimas horas y me indicó un monte con forma de ala que se extendía hacia el mar a nuestra derecha, me paré en la cuneta, salimos del coche y vimos que aquella forma era idéntica a la isla donde vivía la madre de ella –es una señal- me dijo Ona –llevaba tiempo intentando contarte que he vuelto ha hablarme con mi madre- Yo aluciné porque había estado presente la última vez que se vieron; Ona le había agarrado del pelo y, tumbándola contra el suelo, le escupió en la cara un –nunca más- que seguro los cielos guardaron en sus anales del paradigma del odio. Su madre le había robado un puerto que había guardado durante dos años que le permitía salir del país; la madre se lo pulió sin decirle nada y cuando ella fue a utilizarlo, después de

haberse hecho la interesante conmigo, invitándome a unas vacaciones dignas de emperadores, fue a buscarlo y ¡Zas! Fundido.

Recuerdo a Ona agarrando a su madre del cuello y preguntándole ¿por qué? Nunca yo oí ninguna respuesta y creo que ella tampoco, su madre calló y aguantó la tormenta como pudo; en aquel entonces la madre de Ona tenía un novio que vivía de tunear implantes híbridos GHF (gran historia falsa) traducidos literalmente, te ofrecían una conexión estable durante unos meses con un implante inventado de tu historia: niñez, adolescencia o juventud; lo jodido es que los híbridos tuneados tenían un bajón muy bestia y necesitabas por encima de todo largarte de un presente que, en pleno bajón no tolerabas, en ese momento fue cuando la madre de Ona le robó el CETIS para viajar fuera del país y se largó con su tuneador al sur de la India.

Él no era mal tipo, de echo habíamos hecho buenos negocios juntos, es más, el soplo de la habitación libre en la cementera me lo pasó él, pero ¡joder! Aprovechándose del implante CETIS se le había ido la olla, no podía permitirse hacerle eso a Ona. Siempre le había tratado con respeto y, tengo que admitir que no era fácil respetar a un tipo con su pinta, venía de la periferia radical del Penedés Sur, olía a vacío, esa zona de Catalunya había quedado excluida del reparto de puertos que hicieron las Familias a principios del XXVIII; por allí todo quedó muy anticuado, no tenían opciones, quizá fuera eso lo que le llevó a jugárselo todo enamorando a la madre de Ona, vendiéndole GHF por una simple noche de compañía y dos JBN, entradas para los Feudos, cinco horas donde podías visitar y ver como vivían las Familias y comer y beber en sus puestos diseñados para los "gechafes" como eran conocidos los periféricos que abrevaban en estos sumideros de decepción los días de fiesta en los que se abrían las puertas.

Ona se hablaba de nuevo con su madre; yo, alcanzando el estrato social más alto de mi vida, no podía hablar con nadie y, sin embargo, tenía un número ilimitado de conexiones neo-córtex directas a *El Filósofo*; necesitaba unos pantalones, velas para poder fundir implantes en la cementera, unas

deportivas y una señal de los dioses para olvidar que estaba solo. Mi familia trabajaba para las Familias, de qué otra manera seguiría vivo.

Ona canturreaba una canción muy antigua, en su rostro vi la falta de necesidad, vi que era yo quien buscaba. No, ella también buscaba su lugar en ese mundo hostil y anguloso; Dora nos había dado un salvoconducto y había que reventarlo, no sabíamos si dentro de un mes estaríamos vivos... Pisé a fondo el viejo Ford y vi como se consumían conexiones como trazo de oso, pero teníamos conexiones para los próximos meses ¡qué gusto! Teníamos, cuando continuamente no se tiene, el hecho de tener ya es bueno en sí mismo. ¿A cuántos desgraciados íbamos a convertir en adeptos en los próximos mil kilómetros? No importaba, nuestra necesidad daba un barniz de ética a todo lo que hiciéramos, éramos Periferia, no necesitábamos pensar en la ética, eso era asunto de los espiritistas de las Familias, de los Oscuros de los Feudos, ellos debían pensar en las consecuencias de sus actos, los nuestros eran pura supervivencia, por qué pensar cuando necesitas comer o moverte sobre las humeantes ruedas de un viejo Ford.

No teníamos donde caernos muertos, pero teníamos conexiones, el mejor neo-córtex de todos los tiempos. Todo y Nada en la misma jugada, que rodaran los dados o que se impusiera una sofisticada planificación para hacernos los amos y señores de la vieja cementera que, ya veía al abrirse camino sobre las viejas y chatas montañas que rodeaban Castelldefels; a quince minutos de casa, del vacío de tener que defender tu casa día a día o a la servidumbre de todo aquel que se acercara a nosotros a cambio de una conexión a *El Filósofo*, lo veía claro en su cara, Ona no iba a dejar pasar la oportunidad, quería un ejército de siervos a cambio de una vida de pesadilla y románticas noches sin nada más que una hoguera y unas bonitas vistas sobre ese mar tranquilo, sobre esa mar inmensa, letal y amorosa que dormía encogida bajo nuestros pies.

Llegamos y la cementera parecía otra, grupos de estrellas amarillas en la frente nos saludaban desde las cunetas polvorientas que daban ascenso a nuestro viejo e improvisado hogar de los últimos diez meses. Frente a la

plataforma de ascenso a las viejas oficinas que ahora eran nuestro hogar, cien estrellas resplandecientes esperaban a que bajáramos del coche para activar el mecanismo de ascenso a nuestras habitaciones en la carcomida fábrica de cemento. Al llegar arriba fue todavía más impresionante, habían pintado con pigmento esmeralda nuestras tres estancias, un fuego bajo chispeaba alegre en lo que era nuestro salón y el colchón grasiento que definía nuestro dormitorio, ahora había sido sustituido por un rectángulo terso y estable de plumón como no había visto más que en los enganches ACP o en las visitas virtuales a los Feudos.

Era cierto, habíamos subido a los cielos y yo colgaba, boca abajo, mirando a mi vieja nada, a mi vieja y conocida miseria. Ona caminaba sobre los nuevos tiempos, sobre las nuevas conexiones en cada una de las habitaciones como si hubiera sido programada para disfrutar de un mundo que se le entregaba, y por el cual no tendría que pelear hasta sangrar la última gota.

Supe que había llegado al límite cuando en un puerto abierto sobre el colchón sonreía la cara de Dora, en el interior de un viejo portátil habían tejido una traslación real y Dora nos daba la bienvenida a nuestra nueva casa, enlatada en un vieja pantalla de ordenador. No podía más, ¿cómo era posible que todo eso hubiera pasado en una semana?

Para mi asombro, dormí doce horas de un tirón, al despertarme me di cuenta que no había sido un sueño, Ona me esperaba en el salón ante un desayuno como sólo había visto de manera virtual, café con leche, queso fresco, pan, increíble, pan, llevaba años sin comer pan; recuerdo perfectamente la última vez, un amigo de la adolescencia había vendido un montón de puertos fiesta a una panda de chicos Feudo y, una de las cosas con las que había llegado para celebrarlo conmigo, era una enorme hogaza de pan que, untamos de todo tipo de salsas y engullimos como si fuera la última vez que fuéramos a probarlo en nuestras vidas y, razón teníamos, habían pasado más de veinte años hasta que volví a ver pan en mi mesa.

Ona sonreía – ¿Qué te parece?- me dijo dándome un beso cálido –estoy alucinado- contesté. Empezamos a comer aquellas exquisiteces; estábamos terminando la última taza de café cuando un estrella amarilla entró en el salón –Tenemos una presentación dentro de dos horas en un feudo del Maresme- dijo el estrella –OK- dijo ella –¿Se encargan ellos de buscarnos los clientes?- le pregunté a Ona –Claro, nosotros somos los representantes únicos de *El Filósofo*, no vamos a ir por ahí picando puertas- dijo; –Sí, por supuesto- tartamudeé yo, era aún mejor de lo que pensaba, por fin alguien hacía el trabajo sucio por nosotros. Estaba terminándome de vestir cuando ella se me acercó sonriendo y ofreciéndome unas deportivas nuevas ¡Que pasada! Ona llevaba un vestido y unos zapatos preciosos, nuevos también, claro. Bajamos, el viejo Ford había sido sustituido por un cuatro por cuatro digno sólo de las mejores Familias, esto no paraba, iba de alucine en alucine; ella me cedió el placer de conducirlo, increíble, parecía flotar más que viajar en coche, los continuos baches del camino del descenso a Castelldefels, una tortura con el viejo Ford, ahora parecía una antigua autopista, cogimos la vieja C-16 para la que ahora teníamos enganches de acceso y pisé a fondo, en cincuenta minutos llegamos al feudo, cuatro jóvenes nos esperaban en la puerta, cerrada tras ellos.

Parecían recién salidos de un antiguo GPR (juego de rol); el que estaba situado en el medio nos indicó con la mano que continuáramos y la puerta se abrió, mientras esperábamos a que se abriera del todo, sin pedir permiso se subieron a la parte de atrás del coche y nos saludaron dándonos golpecitos en los hombros y con una inmensas sonrisas y gestos de agradecimiento por haber llegado tan pronto. Nos indicaron un laberinto de calles estrechas hasta llegar frente a la fachada de una masía de estilo siglo XX perfectamente conservada, me sorprendió gratamente la exuberante vegetación que rodeaba la masía, rara de ver en estos tiempos por la enorme cantidad de agua que necesitaba. Entramos en un salón, cuya decoración seguía el estilo de la masía, muebles del XX, un gran sofá de madera de cerezo y cojines blancos, mesas de madera, lámparas modernistas con ese puzzle tan característico de miles de pequeños trozos de vidrio de diferentes colores, que otorgaban al salón una gama de colores Burdeos, esmeralda y ámbar que te hacían sentir bien de inmediato, un

placer de salón; nos indicaron que subiéramos por una escalera con forma de T que se abría al fondo de la estancia, al llegar a la mitad giramos a la izquierda, al doblar y mirar hacia arriba nos dimos de frente con una mujer de unos cincuenta años vestida con una túnica carmesí con bordados negros en el escote y en las mangas, una legendaria cruz masónica centraba toda la atención en el centro de la túnica, extendiéndose desde el pubis hasta los pies. Cuando llegamos a la altura de la mujer nos dedicó una leve sonrisa que apergaminó su rostro y nos invitó a pasar a una estancia que obviamente era una biblioteca, nunca en mi vida había visto tantos libros en papel, en alguna ocasión había visto algún ejemplar en vitrinas blindadas en los feudos, pero esto era otra cosa, era un salto en el tiempo. En el centro de la estancia, unos divanes color sangre formando un cuadrado en torno a una mesa triangular de madera oscura, fue el lugar donde nos situamos para comenzar la, que se presumía, primera demostración ante una clienta que un mes atrás no nos habría permitido ni rozarle con la mirada.

En la mesa, tres copas y una botella de vino blanco, un Emporda cristalino que, sobra decir, solo había oído hablar de él. Las tres copas adelantaban lo que pasó de inmediato, con una mirada, la anfitriona despidió a los tres jóvenes encargados de darnos la bienvenida.

-¿Símbolos masones?- pregunté a la gran dama -No, soy seguidora de Jacob Brill, formuló una teoría que escribió entre 1685 a 1699, llamada el Panteísmo no Confesional que, los miembros de mi familia hemos seguido durante siglos como el camino más lúcido para mantenernos en el escalafón más alto de la cadena alimenticia. Durante siglos los Bourignon nos hemos mantenido en la élite social y mi propósito es que siga siendo así mientras yo viva y más adelante cuando mi hija tome las riendas de nuestra saga.

Ona miraba a Madame Guyon, nombre de la gran dama, como quien mira a un purasangre en el hipódromo, analizaba sus posibilidades de ganar la carrera, en este caso, a Ona solo le importaba como enfocar la demostración de *El Filósofo* para que resultara idónea y conseguir en esa ilustre familia el mayor número de adeptos. Cuanto mayor número de fieles consiguiéramos para la causa de Dora y su criatura *El Filósofo* mayor sería

nuestro poder, mayor sería nuestro nivel de vida, nuestro acceso al placer. Mas que comerciales de implantes me parecía que nos habíamos convertido en aquellos legendarios Cruzados que guerreaban para conseguir fieles para el Gran Papa de Roma; era increíble, habían pasado miles de años y todo seguía funcionando igual.

Madame Guyon me ofreció servirme más vino y acepte, lo mismo que Ona que aprovechó la ocasión para preguntarle por su interés en *El Filósofo*. El motivo era de lo más mundano, conocía a Dora desde niña, era amiga de su madre, Dora le había llamado y le había hecho una venta tan perfecta de su criatura que no había podido resistirse a probarlo. Las Familias, siempre lo mismo, estaban conectadas, todo pasaba a través de ellas, eran el sistema circulatorio del planeta.

Madame Guyon nos invitó a admirar algunos de los cuadros que cubrían las paredes de la biblioteca, frente a una escena en la que se representaba al hombre como un reflejo microscópico de Dios, le pregunte a la gran dama por las claves de esa teoría del XVII que a su familia durante siglos le había reportado, sin duda, tantos beneficios. Madame Guyon nos invitó a volver a sentarnos y comenzó un monólogo extenso y denso que, sin duda, debido a los efectos de regeneración genética que *El Filósofo* había obrado en mí, retuve en su totalidad, decía así:

- "La exterioridad y la interioridad, son el hombre y Dios, simplemente. En efecto, en su naturaleza, todas las cosas son una y la misma cosa; sólo la forma, que no es un ser en sentido propio, produce entre ellas diferencias que son ilusorias. Quien contempla el mundo desde abajo, lo ve diverso y diferenciado; quien lo contempla desde arriba, advierte que todo es uno en Dios. Porque todas las cosas difieren entre sí por la forma, pero en esencia son una sola cosa, puesto que Dios es uno; y todas las cosas existen en Dios, mientras que El es todo en todo. Los Textos Sagrados hablan sin cesar de una sola cosa que no puede describirse con palabras y que se trasmite mediante imágenes, cayendo con ello en aparentes contradicciones. Referidas a Dios, las cosas pierden cualquier particularidad las unas respecto a las otras, o más bien dejan de ser, reduciéndose a pura nada.

Sólo el hombre constituye una excepción en el universo, no porque sea efectivamente algo, sino solamente porque se haya en situación de alimentar la ilusión de que es efectivamente algo. En efecto, todas las cosas en la naturaleza son lo que son, a excepción del hombre que, examinado en sí mismo, no es lo que es: se imagina en efecto que es algo, siendo así que no es nada (en sí). Ahora bien, todas las cosas son lo que son, pero no en sí, sino en aquel que las ha creado; el hombre, en cambio, acaricia la ilusión de que es algo en sí mismo, pero no lo es salvo por su engañosa idea. Se puede decir también en esta acepción, que el mundo entero está santificado puesto que, en la medida que es de verdad, es simplemente Dios, pero sólo lo es para el hombre que se ha identificado a sí mismo con la luz divina.”

Ona le pido a Madame Guyon que le sirviera más vino, cosa que yo celebré, pues no estaba enterándome de nada, ¿qué coño tenía que ver Dios en todo esto? La última vez que había oído hablar de Dios, fue a un viejo que se cagó en él cuando le robé el último par de pilas. Ona me pegó un codazo en las costillas y al volver en mí me di cuenta que Madame Guyon me miraba como un halcón a su presa, desde arriba y sin piedad, me excusé con un gesto de cabeza y seguí escuchando el sermón, estaba claro tendría que acostumbrarme a estos nuevos clientes. Hasta ahora, una cuneta, una cala infectada de algas, dos asientos traseros del viejo ford... habían servido para hacer el intercambio, pocas palabras, la entrega del implante, el material de intercambio y ¡ciao!

La gran dama continuó, alucino, *El Filósofo* es realmente bueno, no entiendo cómo puedo memorizar al pié de la letra algo que para mí carece de sentido.

- “En este sentido, Cristo es igualmente Dios, en la medida que cada creatura es Dios (por tanto, no el Cristo interior, sino el exterior). Veamos así que la diferencia entre exterioridad e interioridad proviene no de las cosas mismas, sino de la manera cómo los hombres se las representan, puesto que el mundo no humano no abriga la pretensión de existir de manera autónoma, mientras que el hombre - se esfuerza- por transformar su propia nada en ser (lo que constituye la propia naturaleza del pecado),

petrifica de alguna manera la diversidad engañosa del mundo separado de Dios, o incluso, cabría decir, crea un mundo aparente al crearse aparentemente a sí mismo.”

- Pero, la relación de nuestra visita con *El Filósofo* – interrumpió Ona – ¿realmente está usted interesada en dar un giro estructural a su deriva genética? Lo digo porque, no sé, tenemos un montón de clientes esperándonos y no acabo de comprender su interés en todo esto – Ahora fui yo quien le di un codazo a ella en las costillas, me hubiera gustado decirle, nunca se interrumpe a un cliente, la venta se basa en escuchar, pero Ona pasó de mí y siguió – soy consciente que usted Madame Guyon está contestando a una pregunta de mi socio, los orígenes del éxito de su familia, la metafísica del yo, de Dios, de los ángeles, del aire, del agua, del barro, etc., pero mi tiempo a diferencia del suyo se mueve por una serie de visitas concertadas en el tiempo real no en el siglo XVII ni el en 8.000 antes de Cristo, entonces, discúlpeme, con todos mis respetos, pero yo he venido aquí para que usted pruebe el implante neo-córtex *El Filósofo*, y luego tengo otras tres entrevistas – volví a darle con el codo en las costillas, pero Madame Guyon me cortó y levantando la mano me indicó que callara – Tranquilo, ella tiene toda la razón, yo tengo mis motivos y vosotros tenéis los vuestros, a ver, probemos ese implante.

Ona se levantó y sacó una UM (unidad de Maduración) y un disco de hielo seco y se colocó tras Madame Guyon para enchufarle el implante. - ¿estaréis aquí cuando vuelva? – Preguntó la gran dama – Claro, esa es la clave de nuestro negocio, sonrió Ona.

La biblioteca era alucinante, autores de treinta siglos viajaban delante de nuestros ojos, astrofísica, historia del pensamiento político, metafísica, historia de las religiones, antropología, un sin fin de novelas, ensayos hipnóticos, autores organizados por países, cientos de autores japoneses, españoles, mexicanos, colombianos, iraníes... Yo alucinaba con mi copa de vino del Emporda, recorriendo la biblioteca mientras Ona clavada con las piernas cruzadas frente a Madame Guyon esperaba rematar la faena,

acoger en sus brazos a la nueva fiel y dar por finiquitada una nueva implantación genética de Dora.

Yo me había abismado en un sillón color ámbar de, creo recordar, estilo rococó, me venían a la mente las imágenes de un cuelgue mientras me enchufaba una ACP, en las que un tipo con bigote perfilado, le susurraba a su amor, a una rubia gordita, en un sillón igual a este, creo que eran principios del XX y un tal doctor Freud argumentaba lo beneficioso de recordar los traumas sexuales de la infancia y no sé qué... Ona dio un grito horrible, corrí hacia donde estaban ellas y me encontré a Madame Guyon agarrándola del cuello, mientras la estrangulaba repetía – Ik-heyd, Eygen-selfs-heyd Ik-heyd, Eygen-selfs-heyd Ik-heyd, Eygen-selfs-heyd Ik-heyd, Eygen-selfs-heyd ... Aparté a Madame Guyon de Ona y aunque sabía que no había que despertar a un implantado de un golpe brusco, no tuve otro remedio, y le di un enorme tortazo a Madame Guyon – su voluntad particular, su propia razón, su modo de conocer las cosas, sus virtudes, su sabiduría y su justificación, a fin de identificarse totalmente con el que es el comienzo y el fin y así, de nada convertirse en todo; Dios libera al hombre porque le libera del hombre, haciendo de su nada el todo, y reduciendo el algo aparente y rebelde a la nada.- Madame Guyon reventaba sus frases contra mi cara, la tenía contra el suelo, debajo de mi, y me resultaba imposible hacerla callar, quería escucharla.

Ona se recuperaba a mi espalda, oía su respiración entrecortada, cómo se tocaba el cuello, cómo se incorporaba, cómo tocaba la mochila con las UM y los implantes, lo tenía todo, pero los ojos de Madame Guyon me indicaba que el viaje no había ido bien, que nuestro primer cliente de elite se nos iba de las manos, que quizá todo había sido demasiado rápido, que ninguno de los dos entendíamos lo que decía Madame Guyon, que no estábamos a la altura. Un golpe seco en la nuca me sacó de mis cavilaciones, Ona se abrió paso sobre mi cara y destilando rabia por cada poro de su piel me preguntaba qué estaba haciendo – El Antiguo y el Nuevo Testamento relatan simplemente lo que pasa cada día en cada uno de nosotros, y tal su único sentido; en nosotros, en efecto, cae Adán, y en nosotros asesina Caín a Abel, en nosotros nace Cristo, muere y resucita. - Madame Guyon no

paraba, miré a Ona y le propuse parar, darnos una pausa, Dora, los estrella amarilla, pan y café al desayuno, un buen colchón donde dormir, un fuego acogedor en el salón, no podían esclavizarnos, robarnos nuestro tiempo, hasta ese momento nuestra vida se había basado en tener tiempo, más allá de tener puertos o implantes que intercambiar - ¡Tiempo, tiempo, tiempo, tiempo! - le grité a Ona. ¿Qué te pasa Ona? Tiempo - Ona se soltó de mi mano, se sentó sobre la mesa triangular de madera oscura y mirando a Madame Guyon me preguntó - ¿Tiempo para qué Pol? ¿para acostarme junto a ti muerta de frío?, ¿para tener que caminar kilómetros porque no tenemos enlaces energía para el viejo Ford?, ¿para imaginarme que tengo una madre porque no puedo hablar con ella al no tener enlaces TM?, ¿para recordar cómo será nuestra vida en el futuro?, estoy hasta el coño Pol!, Dora ha sido lo más importante que me ha pasado en los últimos años, es más, creo que ha sido lo más importante que me ha pasado nunca, espero que no te moleste, pero, más importante incluso que tú, Dora es la puerta de entrada hacia el mundo que siempre hemos soñado, el mundo que hace diez siglos se perdió, el mundo que sólo han conseguido mantener las Familias, si, nuestras enemigas, pero a las que odiamos porque envidiamos desde lo más profundo de nuestro ser, esta guerra que se debate entre Dios, el hombre y su naturaleza, lo hace porque lo tiene todo, le sobra tiempo para pensar en todo aquello que nosotros no sabemos ni lo que es porque necesitamos comer, lavarnos, tener agua caliente para quitarnos las costras de barro, energía para el puto viejo Ford, puertos ACP para que veas tus viejas películas neorrealistas, una jodida ilusión de la que estoy más que harta, saturada de vivir como uno de esos viejos católicos que pasaban todo tipo de penurias pensando en que ya disfrutarían en el más allá, lo quiero ya Pol, ya! - Se abalanzó sobre Madame Guyon y agarrándola de las muñecas, sentándose sobre su vientre le preguntó - lo quieres o no puta de mierda, quieres el puto *Filósofo* o no, ¿quieres volar con nosotros o no? -

Volví en mí y saqué de encima a Ona de Madame Guyon, ayudé a levantarse a la gran dama, le invité a sentarse en el cuadrilátero de sofás color sangre, en torno a la preciosa mesa triangular de madera oscura y tras ofrecerle una copa fresca del cristalino Emporda le pedí perdón.

Madame Guyon me devolvió una mirada glauca, de vida vaciada, de emociones disecadas que pedían un último estímulo para sobrevivir ¡Joder! Estaba volviendo de *El Filósofo*, la jodida Ona me había hecho olvidar que esta pobre mujer volvía de una reimplantación genética, me senté junto a ella, a quién coño le habíamos borrado de su ilustre árbol genealógico, a dónde había dado el salto, se había saltado a su abuelo, a su tatarabuela... - Madame Guyon ¿qué necesita? - Ona me agarró del cuello de la camisa - ¿qué necesita, qué necesita? Siempre serás el mismo peón patético en la partida de ajedrez - Joder, Ona, qué te pasa tía, está volviendo - Madame Guyon nos cogió a ambos de los brazos y con los ojos inyectados de agradecimiento nos invitó a irnos - pero, ¿cuántos quiere? - Ona no entendía, no quería entender, quería subir, subir - está bien Madame Guyon quiere más vino, agua fresca - dije yo - no, sólo quiero que os vayáis -

En el viaje de vuelta conducía Ona - la hemos cagado - pensábamos los dos, la primera clienta de las Familias y la hemos perdido, se nos ha ido a tomar por culo la primera posibilidad de ser adorados por esos maniacos de las estrellas amarillas, la primera oportunidad de ser los elegidos de Dora, se ha ido a tomar por culo, la hemos cagado a la primera - así no habrá más - le dije a Ona; ella me miró y me dio la sensación de que pensábamos lo mismo; por primera vez desde que comulgamos en Cadaqués me sentía cerca de Ona, al parecer los dos estábamos encantados de haber perdido la primera clienta de élite, parecía un tópico, pero *El Filósofo* era para el pueblo, era para ascender, Madame Guyon estaba arriba, muy arriba, lo más arriba que se puede estar y por lo tanto, y era evidente por el drama que habíamos vivido, que lo único que podía provocarle era un bajón, si te metes un implante para subir y estás arriba, sólo puedes bajar, necesitábamos estrellas amarillas, gente necesitada de buena vida, de vida.

La gente que lo tenía todo, con *El Filósofo* lo único que podía tener era una pérdida total, a Madame Guyon el viaje le había arrebatado todo, había sido conducida a la inanición, a la indigencia, a la imposibilidad de ver, leer, sentir, desde el todo, *El Filósofo* le había conducido a la nada. Nuestros

clientes necesitaban subir... Ona y yo, nos miramos, sonreímos, nos dimos la mano, joder, era alucinante, las elites no podían disfrutar de *El Filósofo*.

Llegamos a la cementera, tan hostil como siempre, aristas, yesos salpicando el mundo en el que los estrella amarilla reivindicaban lo imposible, un hueco en el XXIX... Un viaje sin necesidad... Sin tener que... sin se lo daré... Se lo ofreceré... Le servirá... Lo tendrá... No se preocupe... Unas deportivas nuevas y a flotar, sentirse unos centímetros alejado del magmático suelo, del calor de éste planeta que ya era insoportable desde hacía un par de siglos, estrellas amarillas alejados de la dependencia y de la imagen de Madame Guyon, de su biblioteca, de sus sofás Burdeos, de su mesa triangular de madera oscura, de su masía del siglo XX...

Ona y yo nos tomábamos un café frente a un fuego bajo y chispeante en la vieja cementera sobre el Mediterráneo; cuando Andreu, el estrella amarilla de turno, convertido en nuestra sombra, entró con un enlace en el que se veía la imagen de Dora que nos esperaba para hablar de nuestro trabajo con Madame Guyon. Ona me apretó el brazo para indicarme que le dejara pilotar la conversación – Bueno, el primer encargo no ha ido como yo pensaba – comenzó Dora - pero, mi tía, sí, no te sorprendas Pol, es mi tía, es una clienta muy difícil, lleva una vida con tratamientos neo-córtex diseñados por los mejores psiquiatras de mi Familia y no han conseguido más que dar vueltas en círculo, ella nunca ha abandonado su creencia de estar conectada con los profetas y mitos de la noche de los tiempos; el que la habitaba cuando os encontrasteis con ella es uno más de la legión que le acompañan en sus ensoñaciones –

Ona se levantó - no me interrumpas Ona – Se sentó de nuevo – Antes de encontrarnos en Cadaqués pasé con ella unos días para contarle mi proyecto, ella se hincó de rodillas frente a mí y comenzó a recitar historias de viejos textos griegos, si cierro los ojos la veo recitando agarrada a mis tobillos. No está bien de la cabeza, como habéis podido comprobar, – continuó Dora – pero vuestra conducta tampoco ha sido de mi agrado.

- Para un momento guapa- cortó en seco Ona – Te estás equivocando del todo, tus estrellas amarillas y tus familiares pertenecientes a las Viejas Familias emparentadas con el mismísimo Napoleón me son indiferentes. Tú para mí no eres más que una proveedora de un producto sofisticado, exclusivo y con una capacidad única de devolverme a mí y a mi pareja la felicidad en este mundo de mierda, pero ni por un segundo nos confundas con esa masa de subnormales que te consideran una diosa ¿Te queda claro?- Dora acusó el hachazo que Ona acertó en el centro de su poder y tras unos minutos suturando su herida, volvió en sí - Si, disculpa, no es fácil sustraerse al vértigo del éxito rápido; pero si os he elegido como proveedores de *El Filósofo* es porque pienso que sois especiales.

- ¿Tú qué entiendes por especiales Dora? – dije sorprendiéndome a mí mismo. - Bueno Pol, especiales para mi es iguales, porque tampoco voy a sentirme ahora una más, no necesito que me digan que soy mejor que el resto, lo soy y punto; tengo todo lo que necesito, tengo capacidad para crear y tengo capacidad para contratar a gente como vosotros; esto para mi es ser especial. Y para ti Pol ¿qué es ser especial? - Pues mira Dora, nunca me ha interesado este concepto pero siempre me ha parecido un poco provinciano, como el paleta que llega a la ciudad y ahogado en ella necesita flotar y convertirse en faro. Sólo te lo pregunto para saber con quien trabajo –

Me escuchaba a mí mismo y me empezaba a gustar de nuevo, estaba recobrando el tono, estaba volviendo a mí, el viaje con *El Filósofo* había sido brutal, mucho más fuerte de lo que nunca hubiera imaginado, de hecho todavía no tenía claro el estar completamente limpio y pensar sin estar impregnado de la deriva estéril del viaje. Tenía claro que un implante neo-córtex con capacidad de mutación genética no era como pasar la tarde con un colega jugando con enlaces GRD, pero ahora sentía que el cambio de estructura en la deriva genética empezaba a ser controlado por mi cerebro, por mí – Como te comenta Ona, a nosotros sólo nos interesa la base de clientes y la atención neuronal después del implante; cuando nos entrevistamos nos comentaste que tenías dos especialistas en rechazos; no quiero tener que mirar cuatro veces por la ventana cada vez que vaya a

salir de la cementera por si alguien me espera para descuartizarme, tus especialistas ya tendrían que estar llamando a Madame Guyon, o mejor dicho, a tu tía, para que ante este rechazo tan violento no tuviéramos ningún problema como proveedores del enlace. Deja tu mística y tu buena onda para tus fieles, nosotros necesitamos un servicio tan exquisito como el producto, dedícate a eso y déjate de contactarnos para que alucinemos con tu divinidad – ¡Joder! Ahora era yo.

- De acuerdo – El rostro de Dora evidenciaba sorpresa, la joven genio de las Familias se encontraba por primera vez con dos lobos callejeros – Lo siento, debo reconocer que os subestimé- Hizo un silencio y se aclaró la voz -Pensé que no seríais diferentes a todos los camellos de implantes que había conocido hasta ahora, pero bueno, soy joven, por eso creé *El Filósofo*, porque necesito crecer, evolucionar y con vosotros veo realmente que no me he equivocado; nos encontramos hace quince días y ya me habéis dado la primera lección. Tengo otro cliente.

- Perfecto, pero ahora necesitamos un poquito de información antes de ir a visitarlo - Dijo Ona. - Por supuesto: fue un prestigioso IRS (Implantador de Rituales) en los Feudos, el enigma con el que recibía a sus fieles era este: "Vi a un hombre robar y engañar con violencia; hacer esto con violencia es la cosa más justa." Ahora este hombre deambula por la periferia y necesita recuperar el poder perdido. - ¡Joder Dora! Tus clientes son una maravilla, una loca y ahora un implantador de rituales deportado.... Vale, danos su dirección.

Llevábamos seis horas de viaje. Ona había conducido todo el tiempo. Paró en la cuneta y me dio el relevo. Seguí conduciendo sin decir nada. Desde que empezamos el viaje no habíamos cruzado ni una palabra. Durante las seis horas en las que Ona había conducido, había estado pensando en todo este rollo. Desde que nací, nunca había tenido nada bueno, sin que me hubiera costado sangre conseguirlo. Cada vez me fiaba menos de Ona, e incluso al mirarle percibía a una mujer diferente. Quizá yo sólo quería viajar. Olvidarme de la cementera con implantes baratos. Pensar que las Familias y los Feudos no tenían ningún poder sobre mí, mientras mis

neuronas eran elevadas por la distorsión bioquímica de turno, pero esto parecía otra historia, parecía un tema más serio de lo que yo deseaba. Yo quería intercambios. Unas deportivas (que ya tenía), leña, enlaces energía, un GHF (Gran historia falsa), unos CETIS (viajes fuera del país)... Viajaba, veía pasar ante mis ojos el eterno desierto en el que se había convertido este jodido planeta y seguía sin ver en Dora y en su *Filósofo* la clave para dejar de sentir esa infinita añoranza, esa melancolía eterna de una Tierra que nunca había conocido, que mis padres no habían conocido, que los padres de mis padres tampoco habían conocido ¿Por qué echaba de menos lo que nunca había tenido? Antes de viajar con *El Filósofo* nunca había sentido esta carencia. Nunca había sentido la falta de árboles, de flores, de agua. Ahora, al mirar a través de las ventanas de este magnífico coche, no veía lo que había, sino sólo lo que faltaba, y, ¡Joder!, faltaba todo. Quizá *El Filósofo*, al contrario de la experiencia que habíamos tenido con Madame Guyon, sólo servía para las elites. Que, al volver del viaje y seguir teniéndolo todo, no advertirían que realmente faltaba todo; que, la Tierra había sido vaciada, desangrada hasta el tuétano; que, la arena estéril que llevaban pisando años había sido un manto verde y; que, ahora, nosotros, los de mi estrato social, a lo más que podríamos aspirar es a echarlo en falta... Pero antes de *El Filósofo*, yo no echaba nada en falta.

- ¿En qué piensas Ona? - Ona me miró y, como quien mira al fuego que ya arde hace tiempo, me contestó - Pienso en el cura éste al que vamos a ver - Se subió lentamente las medidas y con la mirada clavada en sus nuevos y brillantes zapatos, me dijo -Tranquilo Pol, como tú, no necesito el café, ni el fuego, ni las paredes pintadas de la cementera; pero, sí necesito un futuro como el que Dora nos ha pintado. Estábamos ahogándonos; salíamos, entrábamos; un amanecer, Luna Llena; pero, como a este planeta desangrado del que tú hablas siempre, a nosotros también nos estaban sacando nuestras últimas gotas de vida. ¡Joder tío! Tengo claro que no estas conmigo en este proyecto al cien por cien, que te dejas llevar, que no tienes nada mejor que hacer, que no tienes nada que perder, que hace tiempo que te da todo igual, que nada dura más de veinticuatro horas, pero estábamos muertos, condenados, mendigando en la periferia de los Feudos; ahora, al menos, nuestros clientes pertenecen a las Familias. Parece ser,

tengo que reconocerlo que, más bien, pertenecen a la basura de las Familias, pero no dejan de pertenecer al Centro; a través de ellos podemos conectar, podemos dejar de comer polvo...

Yo, me estaba comiendo esta chapa mientras volvía de un momento, para mí, histórico. Desde que habíamos sufrido o disfrutado, depende de cómo se mire, el encuentro con la diosa Dora, teníamos acceso a enlaces híbridos de cerveza; no había cebada hacía años pero, había enlaces que te llenaban un par de latas de litro de un derivado que, lejos del sabor de una buena birra, te daba el mismo punto. Yo, volvía con mis dos litros de birra híbrida en el cuerpo y dos en una lata para compartirlos con Ona, mientras ella fiel a su obsesión por el futuro inmediato seguía adoctrinando sobre el bien y el mal. De todas maneras, creo que estaba muy afectada por el viaje con *El Filósofo*, a nadie le cambian el ADN y se queda como si tal cosa. Ona estaba huyendo hacia delante, se estaba comiendo la mutación que vivía dentro de sí, a su manera, sola, pero le brotaba de todos los poros de la piel esa nueva Ona sin dimensiones, cuyo punto de encuentro entre opuestos estaba muy lejos del eje de coordenadas; ella flipaba en su mundo, no quería reconocerlo, pero estaba completamente colgada, renovada, era otra...

- "Ser feliz significa percibirse a sí misma sin temor ¿De dónde proviene esa disponibilidad al susto que hay en nosotras? Ya no son tanto nuestras cabezas cuanto los egoísmos ensombrecidos y las identidades congeladas donde día a día tenemos que ejecutar nuestro trabajo."

Llevaba diez minutos escuchándola y, al mirarla... En ese momento conducía por un trayecto de costa repleto de curvas letales, con el firme derruido y abismos de cien metros abriéndose ante nuestros ojos a cada giro. No daba crédito. ¿De qué jodido cerebro había copiado Ona toda esa palabrería? En los ACP había visto conferencias de filósofos en universidades famosas, pero Ona era analfabeta; obviamente sabía leer y escribir, pero poco más. Como yo, lo había aprendido todo de los implantes. No es que no hubiéramos leído un libro en nuestra vida; es que, en nuestra vida habíamos visto un jodido libro. - ¡Meter Sloterdijk!- dijo Ona de repente. Estaba claro *El Filósofo* era muy potente. Paré en la cuneta.

El Mediterráneo era el único que no había cambiado, en verdes y azules me marcaba el camino a seguir, suave, dulce, despiadado, lamiendo los perfiles de lo que iba devorando... ¡Ufff! se me iba la olla. Le pasé el coche a Ona y sin decir palabra siguió conduciendo, el motor del brillante 4x4 rugió como un león en celo y mirando el verde esmeralda y el plomo en las crestas de sus olas, miré por última vez el mar y me concentré en el perfil de Ona.

El ritualista al que íbamos a intentar vender *El Filósofo* vivía en una casa perdida en las montañas, de lo que antaño fue el Pirineo Aragonés, pasamos cerca de una estación de esquí abandonada, en un cartel oxidado todavía podía leerse "Boi Taul", un amasijo de estructuras de acero retorcido recordaba que hacía cien años por ahí bajaba gente esquiando, me había implantado este deporte decenas de veces, la sensación de bajar deslizándose por las laderas de las montañas era fascinante, mucho mejor que el surf, pero bueno, verlo todo ahí echo polvo, le quitaba glamour al recuerdo de mis descensos virtuales por pistas blancas rodeadas de bosques de abetos.

Setenta interminables kilómetros por una estrecha carretera de alta montaña donde a duras penas cabía el todo terreno, nos colocaron frente a un palacete con pinta de llevar allí plantado desde el origen de los tiempos.

Nos abrió la puerta un joven yonky con el implante HINA (simulador de un estado de plenitud total) todavía colgándole de la sien izquierda, con las pupilas como chinchetas por el viaje reciente y el impacto directo de las luces de nuestro coche. Saqué las llaves y seguí a Ona hacia el interior de aquel viejo y fascinante palacio centenario. Nos condujo hasta un salón donde un gran fuego caldeaba un espacio esencialmente vacío, excepto por una gran mesa de madera oscura repleta de libros y cuatro butacones dispuestos en torno a la enorme chimenea, al menos tendría dos metros de alto por tres de ancho, en el fuego se consumía más leña de la que había visto en mi vida.

- Bienvenidos, os esperaba a primera hora de la tarde pero, encantado de teneros ya aquí, soy Eliphas Giner, ritualista e investigador de las religiones. Sé que vosotros sois Ona y Pol, representantes de Dora y su fascinante *El Filósofo* ¿Hasta aquí estamos de acuerdo, no?- Nosotros meneamos la cabeza en sentido afirmativo sin capacidad de hablar, impactados por la tremenda puesta en escena del cura. Una sotana granate con bordados negros en las mangas y en el cuello, colgaba de los hombros de un personaje de al menos metro noventa y extremadamente delgado, con una enorme boca con dientes blancos como perlas, unos ojos pequeños y negros como una noche sin estrellas y unas manos huesudas y tremendamente vivaces que te hacían seguirlas con la vista con un poder irresistible y placentero. – Pero seguro que estáis hambrientos, Ignaci ha preparado una fantástica cena en vuestro honor. - El yonky reapareció ya sin el HINA colgándole de la cabeza y con una pequeña inclinación nos invitó a pasar al comedor. El tal Ignaci se había cambiado de ropa y ahora su aspecto, vestido con un esmoquin carmesí, ropa que nunca habíamos visto en la realidad, camisa negra y pajarita también carmesí, encajaba mejor con el contexto; también era muy alto y delgado, y se apreciaba un gran parecido con el ritualista, aunque con treinta años menos; seguía teniendo las pupilas como alfileres por los efectos del viaje reciente, algo que se notaba a distancia al tener unos ojos azules tan claros que le hacían parecer incluso vulnerable.

Nos sentamos en torno a una mesa cuyo centro era una enorme ave asada; una botella de vino tinto, otra de vino blanco, otra de cava dentro de una gran copa de madera repleta de hielo y dos enormes panes de trigo dorados y crujientes. Ignaci se sentó con nosotros y ofició de camarero y comensal al mismo tiempo; con la salvedad de que primero se servía él y luego al resto, dejando siempre en último lugar al cura, al que servía sin demasiados miramientos. Mientras avanzaba la cena, nos fuimos dando cuenta que no era Ignaci el sirviente del cura, sino al contrario. Cuando terminamos fue Eliphas el que retiró los cubiertos y las sobras, hasta dejar la mesa limpia, la cual cubrió acto seguido con un mantel negro sobre el que depositó un libro de tapas de cuero, de un tamaño descomunal, tanto que Ignaci tuvo que ayudarlo a sacarlo de la librería y traerlo hasta la mesa. El cura e Ignaci

pusieron sus manos sobre el libro y parecieron decir algunas palabras, en tono muy bajo, al unísono, retiraron las manos, se sentaron, e Ignaci nos comentó – Quiero que mi padre se implante *El Filósofo*; en los últimos años nos hemos ido alejando y esto no puede ser; tanto él como yo, nos necesitamos para llevar a cabo nuestra misión, tenemos que estar en el mismo plano de percepción e intelección del mundo para sobrevivir y, lo más importante, poder seguir siendo plenamente felices cada día, aquí, alejados de todo y de todos. Esto es debido a que, mientras que el proceso de la civilización, cuyo núcleo forman las ciencias de las Bolsas de los Feudos, nos enseña a distanciarnos de los hombres y de las cosas, de tal manera que los tenemos delante de nosotros como “objetos”, nuestros sentidos nos proporcionan una clave para todo aquello que alude a la cercanía con el medio ambiente. Su secreto es “intimidad”, no distanciamiento; esto no proporciona un saber tecnológico, sino un saber privado, un saber de las cosas. Él sabe que todo tiene forma y que toda forma nos habla de una manera múltiple; la piel puede oír, los oídos son capaces de ver y los ojos distinguen el frío del calor. Nuestro saber atiende a las tensiones de las formas y escucha, como vecino de las cosas, su susurro expresivo. La Ideología de los Feudos, que tiende a la cosificación y a la objetualización del saber, hace callar el mundo de nuestro saber. La objetividad se paga con la pérdida de la proximidad. El científico de nuestros tiempos paga la capacidad de comportarse como vecino del mundo, con su incapacidad para escuchar su respiración, ver su olor, sentir su color, oler su tacto; busca las visiones generales, no el acercamiento para compartir la intimidad con lo que convive. En el curso de los siglos, la ciencia de la época moderna se separó de todo aquello que no toleraba la distancia objetivadora y el dominio espiritual sobre el objeto, los implantes neo-córtex son su máxima expresión, y ahora la tecnología de generación XXIX lo paga con la pérdida de la intuición, la empatía, la estética y la erótica. Sin embargo, en la filosofía auténtica de estas montañas, a las que mi padre y yo pertenecemos, siempre se ha mantenido el saber por el que fluye la cálida corriente de la intimidad cósmica, que equilibra y sirve de contrapeso al impulso objetivador del dominio de las cosas, propio de la filosofía de Los Feudos del Valle Oriental y del resto del planeta.-

Cuando Ignaci dejó de hablar, miré a Ona y con una expresión entre fascinada y asustada me dijo entre dientes – ¡Ves!, Peter Sloterdijk – era el mismo nombre que pronunció alucinada en el coche, después de soltar aquella parrafada sin venir a cuento. Sólo faltaba que ahora estuviera teniendo proyecciones, eso no era nada bueno, las proyecciones solían aparecer cuando te habías pasado con los implantes y las neuronas comenzaban a perder su capacidad de regeneración. Se empezaba conectando con otras mentes y se acaba muriendo entre un magma insoportable de conversaciones, interferencias y todo tipo de ruido periférico; había habido gente que antes de cortarse el cuello gritaban que oían el ruido de La Tierra al moverse por El Espacio; muy fuerte, era una muerte horrible, les brotaba sangre de los oídos... - No era una proyección- me susurró Ona, sacándome de mis cavilaciones – No sé lo que ha sido, pero no ha sido una proyección- concluyó.

El cura nos invitó a compartir con ellos lo que andábamos susurrando entre nosotros; a lo que nos negamos, diciendo que eran chorradas sobre si tendríamos o no suficientes enlaces energía para volver con el coche a casa. El cura no se lo creyó pero no insistió y nos sugirió, con un gesto, que Ignaci esperaba nuestra atención para seguir hablando.

- No hay dignidad que se vea rota ni suerte que se vea partida, que la de aquel que de su rostro huye. Tenemos todos los rasgos de nuestra conducta en esa carita que los amigos de los padres vienen a ver al hospital. Somos prisioneros de ese momento en el que la mejor amiga de la madre dice: ¡Tiene tus mismos ojos! -

- ¡Ignaci!- corté en seco –Nos encanta tu monólogo pero, necesitamos saber ya, quién va a enchufarse *El Filósofo*. - - Mi padre, por supuesto - Ignaci se acercó al fuego del imperial hogar que crepitaba ante nosotros y, llorando, nos indicó al cura, a su padre.

Ona se dirigió hacia el cura con las conexiones y éste con una sonrisa partida le indicó que procediera. Ona le colocó la UM en la nuca y el modulador de hielo en la zona lumbar. El cura me miraba con los ojos de

aquellos niños que van a subirse al prehistórico tiovivo. En sus ojos lucía tenue la esperanza de volver a creer, de volver a ser, de superar la definición de lo que ya ha sido, el viejo cura quería vivir. A través de los ojos de Ignaci, necesitaba seguir viviendo, seguir aprendiendo historias que transmitir. – ¡En el pulgar! – le gritaba Ona al viejo. El cura se inyectó el IFTM en la segunda falange del pulgar e inició el viaje.

Una manada de buitres volaron sobre las lenguas de fuego de la chimenea borbónica; tigres, ángeles, la madre de Ignaci, una farmacia repleta de vicodina, cascadas de benzodiazepinas brillaban en el firmamento. El mar brillaba, el amor brillaba. La guerra brillaba, la pelea a muerte por la felicidad brillaba. Desde una butaca acolchada organizaba el combate, luchaban las fuerzas del bien y del mal, fuerzas que buscaban el movimiento eterno, fuerzas que buscaban la quietud eterna. La familia, los hijos, la fidelidad, el orden. Sexo, viajes, fiestas, ruina, pecados...

- Pol, se nos está acabando el hielo, el cura está ardiendo. Cagarla la primera vez con la tía de Dora está bien, pero, como no consigas en dos, tres horas máximo, un RHC (rehidratación carbónica), el cura se nos va a tomar por culo. Marca 42 tío, está a 42 grados, le va a hervir el cerebro – Ona me sacó de una contemplación estéril frente al rostro de una musa de Kandinsky – ¡Joder! el cura está a punto de quemarse vivo. –

Dejé a Ona con cara de piedra pómez; inyecté el índice en el contacto del 4x4, que rugió como una máquina perfecta y, en hora y media había vuelto con RHC (rehidratación carbónica) suficiente, como para congelar a medio mundo; los Estrella Amarilla son de fiar.

El cura inició su retorno, una vez fue modificada su relación entre centro y periferia. Desterritorializado, con una nueva y brillante estratificación, vomitó sobre los pies de Ona. Mientras Ignaci limpiaba la escena, Ona desconectó el implante de la nuca del cura. Acto seguido, Ignaci se tumbó junto a su padre y comenzó a cantar una vieja canción judía que me enseñó mi madre de pequeño y que yo le había cantado a Ona alguna vez – ¿Será posible que, al final, todos seáis judíos? – preguntó Ona. Le acaricié el pelo

y le dije que no, que ya no quedaban judíos en la Tierra, que estaban todos muertos o, viajando por el Espacio.

El cura se despertó y Ona le dijo lo que tenía que pagar: Dora dice que nos debes un RKD (reconstrucción karmica definitiva) - ¿Qué queréis a cambio?- contestó el cura - Cien unidades de EA (entrada alimento), eran pases para los mercados de alimentos de Los Feudos, sólo disponibles para los miembros de Las Familias. Cada unidad te permitía adquirir, sin dar nada a cambio, todo lo que pudieras llevarte en esa entrada al mercado; no estaba permitido usarlas más de una vez al mes.

- Me parece justo, las tendré en un par de días; hasta entonces sentiréis en vuestra casa; os enseñaré vuestro dormitorio, cuenta con baño y salón independientes, seguidme por favor, estaréis tan casados como nosotros. -

- Yo creo que Dora, con todas sus estrellas doradas y toda su parafernalia, es bastante menos potente de lo que pensábamos, Ona. Sus clientes son todos familiares desubicados, realmente no tiene una base de datos interesante para que tú y yo podamos salir de nuestra mierda. Visto lo visto, no veo a Dora más potente que a mis típicos contactos neo-córtex de los últimos tiempos; es más, creo que le falta experiencia, ¿no? Fuera del laboratorio, Dora carece de relevancia, no conoce el mundo actual; creo que está partida entre el futuro de su mente y el pasado de su experiencia. Tendríamos que hablar con ella y que nos cediera por completo la comercialización de *El Filósofo*. Esta chica no ha vivido nunca fuera de los Feudos, no sabe lo que los chicos desencantados de una vida como la suya, buscan fuera de las murallas de protección, lo que buscan más allá de tenerlo todo servido con sólo hacer un gesto, buscan lo que ella nunca ha experimentado, la absoluta inseguridad, el valor que surge de saber que en tu entorno le debes tener miedo a todo, porque cualquiera te puede aniquilar para vivir un par de horas más, o para alucinar cinco minutos lejos de su asfixiante día a día en la periferia de los Feudos, sin presente, sin pasado y sin futuro. Dora no sabe que sus colegas privilegiados buscan la vida sin privilegios, la vida que no tiene nada de vida, que sólo huele a carencia y a muerte que siempre llega tarde porque hasta la muerte fuera

de los Feudos es pobre. ¡Qué curioso! Crea una estructura neuronal nueva que da, una posibilidad de vivir, a gente que ella desconoce por completo, no lo entiendo; yo soy esta gente, yo conozco centímetro a centímetro el tejido neuronal de todos los personajes que circulan por los polvorientos caminos de la comarca; ella no tiene ni idea, y yo ni en cien años habría conseguido crear un futuro neuronal tan perfecto como el que ha creado Dora.

- Los genios necesitan ser idiotas- cortó Ona en seco- No es posible meditar y pensar al mismo tiempo. La razón y la sin razón no son simultaneas. Son corrientes que vuelan como los pelícanos, al borde de la cresta de la ola, al borde de la vida; Dora se ha conectado a esa corriente de libre acceso para cualquiera que, como ella, haya renacido con el enlace a punto, conectado al Gran Vacío. Cada vez que crea un *Filósofo* es atravesada por el conocimiento de millones de consciencias conectadas a la corriente que atraviesa el Gran Vacío.

-Ya- interrumpo -pero no deja de ser fascinante ¿no?- - Sí, pero hace tiempo que me quedé sin dosis de admiración. Dora me parece una mujer con una capacidad que la hace única, pero para mí sólo es una variable que despejo para seguir adelante, para buscar continuamente la felicidad, la cantidad constante que necesito de placer para no dejarme morir. Para no permitir que tú la cages o que yo pierda el control. No me interesa profundizar, no quiero profundizar, las entrañas de nuestro mundo se desvanecieron hace demasiado tiempo. Vivimos en otro sutil, inquietante, iluminado; ya lo hemos construido en su nivel más básico, pero hemos salido de la nada. El mundo lo creas con tu intención, pasas toda la vida mirándote en los espejos de tus amistades y familiares; somos lo que vemos que son los otros. *El Filósofo* ya no nos sirve para olvidarnos de haberlo perdido todo y, aun así anhelar volver a poseer todo lo perdido. Siento que vienen los tiempos de ansiar sobre todo la ausencia de pensamiento, implantes de vacío creativo, donde todo pasa porque se ha vaciado, previamente, de todo lo que se piensa que pasa, ha pasado y puede pasar. -